LA AMENAZA DEL INFINITO

A. THORKENT



BOLSILIBROS BRUGUERA
SERIE
LA CONQUISTA DEL ESPACIO

La amenaza del infinito

A. Thorkent

La Conquista del Espacio/040

1

Estaba solo.

Abandonado en medio de aquel paraje hostil, desamparado y con apenas unos minutos de vida, los que pudiera proporcionarle su menguada reserva de oxígeno.

Marc Alevin se dijo que esperaría hasta que notase la falta de aire en su escafandra para quitársela. No deseaba morir por asfixia. El ambiente gélido de Plutón le congelaría en unos instantes, evitándole sufrimientos.

Sería la mejor forma de morir. Incluso podía hacerlo ya. Poco sacaría a los instantes de angustia que le quedaban por vivir. No podía concebir esperanza alguna de salvación, no en aquel planeta perdido en las sombras del Sistema Solar y apartado por completo de las rutas espaciales.

Había sido un tonto, un cretino y ahora pagaba las consecuencias.

Pero en seguida se dijo que otro en su lugar hubiera corrido con su misma mala suerte.

No podía haber hecho nada para evitar tan terrible y definitiva situación. Absolutamente nada.

Cuando uno se topa con una partida de asesinos en potencia, cualquier intento por evitar la tragedia resulta una quimera.

Miró el trozo de terreno donde media hora antes había estado aposentado su astrocohete, requemado el hielo por el fuego de las toberas al aterrizar y despegar.

Marc alzó la mirada y contempló las estrellas, rutilantes y cegadoras allí, que no existía atmósfera. En realidad, la atmósfera de Plutón era la que sus pies pisaban, helada, petrificada por el frío espacial y la lejanía del Sol.

Sintió algo de frío, pero en seguida se dijo que se trataba de una aprensión suya. La calefacción de su traje funcionaba perfectamente. Antes se le agotaría el oxígeno que las baterías que le daban calor.

El paisaje que le rodeaba era brutalmente gigantesco y hermoso a la vez. Enormes montañas de hielo, de amoníaco congelado, se alzaban

en el horizonte, despidiendo coloridos destellos ante los débiles rayos del Sol.
Marc rió con amargura. La expedición había constituido un éxito. Habían hallado la legendaria astronave «Aurora» a diez kilómetros del lugar donde él esperaba ahora la muerte. La vieja nave, perdida en el espacio veinte años antes, estaba medio enterrada en un lago de helio y constituyó una pequeña proeza sacar de ella su valioso cargamento.
Cuando él quiso reclutar la tripulación en Titán, tuvo dificultades. Nadie iba a Plutón y todo el mundo creyó que estaba loco. Marc aseguró que él sabía el punto casi exacto donde se había perdido el «Aurora»,
Durante meses Marc estudió las rutas posibles que pudo haber tornado el «Aurora» una vez que perdió el control y dedujo, mediante complicados cálculos, que no. se había perdido en el espacio, rumbo al infinito, sino que se había estrellado en el desértico Plutón.
Tuvo que poner de su bolsillo todo el dinero necesario para alquilar la nave «Star». Por suerte, él era capitán del espacio y nada más necesitó media docena de corrientes navegantes para que le ayudaran a manejarla. La empresa no sólo acabó con sus ahorros, sino que estaba entrampado hasta la médula. Sonrió con sádico divertimiento. Los acreedores esperarían inútilmente en la Tierra su regreso para cobrar.
Mort y los demás podían negarse a pagar sus deudas. La ley les protegería en este caso.
Marc se preguntó por qué pensaba en cosas tan simples cuando la vida se le iba agotando a cada segundo que transcurría.
Miró su cronómetro ajustado sobre su brazo cubierto por la gruesa tela de amianto y sílice. Apenas le quedaban cinco minutos de oxígeno. Cuando sintiese el primer síntoma de asfixia se quitaría la escafandra y acabaría con sus sufrimientos en un instante.
Recordó los últimos momentos vividos, cuando sacaron del «Aurora» casi todo el valioso cargamento.
El estaba en la cabina de mando del «Star» y Mort lo llamó por radio. Su voz sonó alborozada cuando le dijo:
—¡Lo hemos conseguido, capitán!
Marc tomó el micrófono nerviosamente.
—¿Qué han conseguido, Mort?
—Hemos hallado el «Aurora » —siguió Mort—. Está medio enterrado en un pequeño lago de helio casi congelado. Con la grúa del oruga lo hemos izado unos metros y creo que podremos entrar.
—Tengan cuidado de no tocar el helio. ¿Está inundado el interior?
—No, capitán. Debió llegar aquí con los retrocohetes en funcionamiento, pues no presenta indicios de fuerte colisión.
—Voy para allá. Tengan todos mucho cuidado. Informó a Elías de lo

que le había comunicado Mort y le dijo que con García se quedasen en el «Star». Él iría hasta el lago con Levistong en el otro oruga. Seguramente Mort necesitaría la segunda grúa para elevar más al «Aurora».
Llegaron donde Mort y el resto de la tripulación trabajaban con la grúa al borde del lado helado de helio en pocos minutos. Marc se estremeció al ver salir de la costra de helio el fuselaje sucio y abollado del «Aurora». Mort había izado casi un treinta por ciento de la segunda sección, la de popa. Precisamente, la que les interesaba. Allí estaban las bodegas. Y en ellas, la fabulosa carga.
Mort se acercó a Alevin, después de ordenar a Levistong que acercase la otra grúa lo más cerca posible del lago. Otros dos hombres ataron las cadenas y pusieron el motor en marcha. La mole de acero del «Aurora» se alzó otros pocos metros del lago. Ya era suficiente.
—Podremos entrar por esa esclusa —dijo Mort a Alevin.
Marc asintió y en un breve instante la esclusa quedó abierta. Junto con Mort entró. Otro hombre les siguió. Ayudados con lámparas recorrieron los niveles. La nave había resistido la presión del helio y no ofrecía ninguna grieta. Era una suerte. Podrían bajar hasta la bodega.
La presencia de varios esqueletos no les inquietó.
Sabían que iban a encontrarse con ellos. Fueron directos a la bodega y se hallaron frente a una doble puerta de acero, cerrada. Emplearon sus pistolas y derritieron la vieja cerradura. Dentro, la impresionante cantidad de mercancías no les impidió descubrir en seguida las dos cajas de acero pintadas de rojo. Cargaron con ellas y las llevaron al exterior. Los hombres que habían permanecido fuera ayudaron a trasladadas a la orilla. Uno de ellos hizo intención de usar un soplete para violentar las cerraduras, pero Marc le contuvo con un ademán.
—Llevemos las cajas a la nave. Allí serán abiertas. Marc no notó la mirada de ansiedad pintada en el rostro de Mort. Tampoco, el cruce de miradas que éste hizo con los demás hombres.
—Yo bajaré de nuevo a la nave —dijo Marc.
—¿Para qué, capitán? —preguntó Mort—. La carga interesante ya está aquí. El resto no vale nada en comparación.
—Debemos llevamos la bitácora y cuantos documentos podamos encontrar de la tripulación. Los familiares nos lo agradecerán.
—Es perder el tiempo, capitán.
Pero Marc estaba dispuesto a bajar de nuevo al interior.
—Pueden llevarse uno de los orugas —dijo—. La nave no se hundirá con una sola grúa. Yo iré pronto a nuestra nave. No es nada arriesgado volver allí.
Sus hombres asintieron y cargaron las cajas pintadas de rojo en uno

de los coches oruga.
Marc regresó al «Aurora». Recorrió los pasadizos con dificultad. La inclinación de la nave era muy pronunciada y sus botas metálicas resbalaban en el piso de acero. Se encontró con varios esqueletos; pero ya habían perdido hasta el último rastro de ropa. Dedujo que los hombres habían muerto casi todos antes que el «Aurora» llegara a Plutón. El último superviviente de ellos apenas si pudo controlar los retrocohetes de la nave para evitar la colisión. Pero el golpe lo debió matar. Tal vez estuvo enfermo.
Marc pensó averiguar todo esto en la sala de control. Pero sus esperanzas se vieron defraudadas cuando se encontró con la desagradable sorpresa de comprobar que aquella sección de la nave estaba inundada de helio. La proa no había resistido el golpe y su casco se había roto en varios sitios. Por un milagro toda la nave no había sido inundada.
Desalentado, regresó. Al salir al exterior comprobó que sus hombres ya habían vuelto al «Star» en uno de los oruga. Montó en el otro y desenganchó las cadenas que sostenían al «Aurora». La vieja nave volvió a hundirse lentamente en el lago, para siempre esta vez.
Cuando Marc llegó hasta el «Star» se sorprendió al ver que el otro oruga ya había sido izado al interior de la nave. No recordó haber ordenado nada al respecto a sus hombres.
Entró en el departamento estanco y se despojó del traje espacial. No encontró a nadie en los demás niveles hasta que llegó a la habitación que les servía de comedor, la más amplia de todas.
Entró en ella sin que sus hombres se percataran.
Todos estaban situados alrededor de la mesa, en donde habían colocado las cajas del «Aurora». Ambas estaban abiertas y el oro y el platino corrían de mano en mano. Exclamaciones de asombro coreaban cada aparición de una nueva y fabulosa joya.
Mare cerró con fuerza la puerta tras sí, furioso. Seis rostros se volvieron hacia él. En cada uno de ellos podía leerse una expresión distinta y ninguna amistosa.
—No les dije nada sobre que abrieran las cajas sin mi presencia —dijo Marc, acercándose a la mesa y contemplando el tesoro desparramado sobre ella.
—No pudimos contener nuestra impaciencia —dijo Mort.
Lo comprendo —respondió el capitán, empezando a recoger las joyas y lingotes, reintegrándolo todo a las cajas.
Los hombres le observaban en silencio. Mort carraspeó y preguntó:
—¿Puede decimos qué pasará ahora, capitán?
Marc levantó la mirada hacia su segundo. Le escrutó fijamente. Notaba la densidad que reinaba en el ambiente, la aspereza en los ojos de sus hombres. Aquello empezaba a no gustarle.

—¿Qué quiere decir, Mortimer? —preguntó, poniéndose en guardia.
Mort añadió:
—Quiero decir que ya encontramos el tesoro. Todo el mundo lo daba por perdido desde hacía veinte años. Usted tuvo razón. Lo encontró. Acertó en el lugar. Todos nosotros queremos saber cuál va a ser el destino de esto —y señaló las dos cajas.
—Es muy simple —respondió Marc—. Este tesoro está valorado en cien millones de créditos. Los propietarios, Harriman & Sons, ofrecieron el diez por ciento de su valor a quien lo encontrase. No estaba asegurado porque ninguna compañía quiso cubrir la póliza. Creo que con gusto nos darán diez millones de recompensa. Ya saben que el diezmo de esta cantidad pertenece a la tripulación. Corresponderá un cuarto de millón a Mortimer y ciento cincuenta mil créditos a cada tripulante. ¿Está claro? ¿Alguna duda?
Mort recibió las miradas ansiosas de sus compañeros.
Sabiéndose amparado por ellos, replicó con seguridad:
—No estamos conformes.
Marc sintió el primer aviso de que entre sus hombres existía una confabulación contra él. Tal vez ellos no habían esperado que regresase tan pronto del «Aurora» y habían pensado en partir sin él. Su anticipado regreso debió haberles sorprendido.
—Es la ley —dijo Marc.
—Vamos, capitán. Usted sabe que todo el mundo se rió de usted cuando quiso encontrar ayuda para localizar el tesoro del «Aurora». Nadie le creyó cuando dijo que conocía el lugar exacto en Plutón en donde se hallaba la nave.
—¿Qué insinúa, Mort?
—Podemos regresar a la Tierra y confesar nuestro fracaso. Unas burlas bien valen una fortuna de cien millones. Nadie averiguará jamás que el «Aurora» fue encontrado. Hasta malvendido, el tesoro vale más de cincuenta millones. Tal vez sesenta.
—Hablan en plural. Se olvidan de que esta empresa es mía exclusivamente. Ustedes son mis tripulantes y conocen perfectamente las leyes del espacio. No toleraré más esta situación. Regresen a sus puestos. Olvidaré lo sucedido.
Mort sacó la mano de su mono de trabajo. Empuñaba una pistola y apuntaba con ella a Alevin.
—Usted será quien olvidará, capitán. Y para siempre.
—Está loco, Mort. Será castigado por insubordinación.
—Todos están conmigo. Ha sido un tonto, capitán.
Podíamos habernos repartido esta fortuna en partes iguales; pero ya no podemos confiar en usted.
Marc palideció. Empezaba a imaginarse lo que sus hombres se proponían. Una vez qué sabía sus intenciones... Estaban dispuestos a

todo. La ambición se había adueñado de ellos y estaban ciegos.
—Son unos locos. Serán castigados por motín.
—No, capitán; no se engañe. Nadie sabrá nada.
—¿Qué van a hacer?
—Le dejaremos aquí. Cuando se le termine el aire, morirá. Nosotros diremos que usted se perdió y no le encontramos, que estaba desesperado porque fracasó. Nadie vendrá a buscar su cadáver.
Aunque así lo hicieran, Marc sabía que nunca encontrarían sus restos. Además, ¿quién se iba a molestar en organizar un costoso viaje a Plutón para buscarle? Las autoridades daban por buena la versión de Mortimer y el asunto quedaría archivado.
Observó la resuelta actitud de la tripulación y comprendió que de nada iban a valerle las amenazas o las súplicas.
Mort ordenó a Lewis y Carreira que izaran el segundo oruga. Cuando la operación hubo finalizado, dirigiéndose a Marc, dijo:
—Vamos, capitán. Ha llegado la hora de la partida.
Créame si le digo que lamento dejarle aquí. Pero esperaba esta postura por su parte. Es lo bastante estúpido para ser honrado. Harriman & Sons ya ni se acuerdan de la fortuna que perdieron en el «Aurora».
Levistong y García ayudaron a Marc a ponerse el casco, Por la radio, antes de iniciar el descenso por la escalerilla metálica, Marc dijo a Mort, que seguía apuntándole con la pistola:
—No esté tan seguro de salir con la suya, Mortimer.
—Eso lo veremos. Vamos, descienda de una vez.
Cuando Marc pisó de nuevo la helada superficie de Plutón, escuchó que Mort le decía:
—Hubiera podido disfrutar de la vida y de un buen montón de millones de no ser tan tonto, capitán. Pero con su actitud nuestra fortuna se ha incrementado grandemente.
Escuchó una risotada y luego sintió que la conexión quedaba rota. Marc se alejó de la nave. Pronto se encenderían los cohetes y debía alejarse si no quería morir abrasado. Cuando hubo alcanzado una elevación de la superficie helada se preguntó si no merecía la pena acabar cuanto antes.
Diez minutos después, el «Star» se elevó de Plutón en medio de un torrente de fuego y un silencio sobrecogedor. Marc contempló la ascensión de la nave hacia las estrellas e instantes después el punto de ignición desapareció.
Estaba solo.
Comprendió que se requería una situación como la suya para que un hombre supiera lo que significaba la absoluta soledad. Ningún ser humano, ni microorganismo viviente, existía en miles de millas a la redonda, en millones de kilómetros. La última colonia estable de la

Tierra estaba situada en los satélites de Saturno.
Así había ocurrido todo. La ambición se había adueñado de sus hombres y le habían condenado a muerte. Y Mort tenía razón. Nadie les iba a acusar de su muerte. Todos tendrían que aceptar que el «Star» regresaba a su base sin su quimérico capitán, porque éste se había perdido buscando la fabulosa nave «Aurora».
Si antes de partir de Titán le habían tomado por loco, la versión de Mortimer corroboraría tales sospechas.
Se sentó, dispuesto a esperar resignado la muerte, aunque en su interior algo intentaba rebelarse contra el cruel destino.
Se sentía más desamparado que un náufrago en medio de un océano terrestre. Al menos éste tenía la esperanza fundada de que un barco diese con él. Pero a Marc no podía ocurrirle semejante cosa. Ninguna nave se acercaba a Neptuno y mucho menos a Plutón. Allí nadie tenía nada que hacer.
Sintió los primeros síntomas de viciamiento en su escafandra. Resueltamente, acercó su mano derecha al casco de sílice y titanio. Entonces, al alzar la mirada hacia las estrellas al tiempo que murmuraba una plegaria, descubrió la nave dorada, inmensa y resplandeciente, que parecía surgir del firmamento estrellado y descendía a velocidad endiablada sobre la superficie de Plutón.
Atónito, Marc se incorporó y observó cómo aquel ingenio desconocido, de un tipo de navío nunca visto por él, se posaba a unos mil metros de donde se encontraba. No parecía funcionar con cohetes ni ningún medio de navegación usual. Era esférica completamente y sólo una ligera protuberancia cónica destacaba en su parte superior.
Sin pensarlo dos veces, Marc echó a correr hacia la nave. Apenas había avanzado cien metros cuando se sintió desfallecer. Con el oxígeno consumido, aún tuvo tiempo de decirse que el destino le había jugado una mala pasada. La increíble salvación que podía acudir en su ayuda se había hecho realidad, pero demasiado tarde.
A poca distancia de la nave de oro, dobló las rodillas y cayó sobre la costra helada de amoníaco, a la vez que su vista se nublaba.

2

Una mano pareció desgarrar las densas tinieblas que hasta entonces le habían rodeado y vio la primera luz desde que había creído morir. Era intensa, completamente blanca y parecía surgir de todas partes. Lo que sus ojos vieron primero fue una superficie lisa y blanca también. Comprendió que se trataba de un techo. Estaba tendido sobre algo suave que se adaptaba a su anatomía y le proporcionaba un descanso que nunca hasta entonces había experimentado.
Su mente era un torbellino de ideas, de pensamientos dispares.

Comprendía que debía estar muerto por asfixia.
Sin embargo, sabía que seguía viviendo y que se encontraba en un sitio extraño. La vista no le respondía aún correctamente y cerró los párpados varias veces en un intento por aclararla. Cuando volvió a mirar, el techo que tenía sobre él parecía estar convirtiéndose en cristal.
Parpadeó de nuevo intentando distinguir las figuras que sobre el techo, ahora convertido en cristal, estaban de pie, con las miradas bajas y observándole.
Quiso articular unas palabras y entonces se dio cuenta de que unos extraños aparatos estaban conectados a su boca. Deseó quitarlos y no pudo. Intentó mover brazos y piernas y no lo logró. Alguna extraña fuerza sujetaba su cuerpo al insólito lecho. Sin embargo, ninguna atadura oprimía sus miembros.
Sólo podía ver y pensar. Al menos era algo, se dijo.
Al menos eran indicios de total evidencia que le permitían admitir la tesis de que estaba vivo. Era algo. Era demasiado, se corrigió, para un hombre que había creído morir.
Recordó la nave dorada. No era aventurado creer que sus tripulantes le habían visto e introducido en el interior, donde le habían devuelto a la vida.
Pensó que tal vez podría mover la cabeza. Con temor hizo el intento y la giró a su derecha. Unas paredes tan blancas y frías como lo habían sido el techo antes de convertirse en cristal se ofrecieron a su vista. Lo que más le extrañaba era la luz. No encontró ninguna fuente que la produjera. Parecía salir de todas partes, flotar en el ambiente, en el aire. El aire. Lo aspiró con fuerza. Se había acordado que por acabársele en sus depósitos había estado a punto de morir.
Aquel aire era bueno. Debía decir que mejor no lo había respirado en toda su vida. Incluso tenía una fragancia que no pudo identificar, pero que resultaba muy agradable al olfato.
De nuevo miró el techo y estuvo a punto de soltar una exclamación de asombro. De nuevo el cristal se había vuelto opaco, blanco. Se arrepintió de no haber tratado de descubrir quiénes eran los extraños observadores de su persona.
Las ideas acudían a su mente más claras a cada momento, más fluidas. Pensó en la Tierra, en sus costumbres, en su grado tecnológico, al menos respecto a lo que él conocía. También recordó los fragmentos más importantes de su vida.
De forma inexplicable rememoró todo el vocabulario de su lengua que conocía, los giros idiomáticos y las metáforas más usuales. Casi toda la flora y la fauna de la Tierra que aún supervivía, y que él conocía rudimentariamente, pasó por su imaginación.
Se asombró de estar pensando en tales cosas. No sabía qué fuerza le

impulsaba a que por su mente desfilase aquel calidoscopio sin sentido aparente.
Se relajó; pero él seguía imaginando hechos, pensando en el sistema político de los planetas federados a la Tierra, en el ritual sexual de los terrestres, en sus aberraciones, en las ciudades y sus problemas.
Al fin comprendió que le estaban extrayendo de su cerebro todo cuanto sabía, arañando en su subconsciente para averiguar la forma de vida de la raza humana y los planetas dominados por el hombre.
Sintióse desfallecer. Empezaba a comprender ciertas cosas. No era preciso ser una mente privilegiada para averiguar que se encontraba en una nave extraterrestre y que seres de las estrellas estaban escrutando su cerebro, leyéndolo como en un libro abierto.
La irritación que le embargó por servir de inconsciente medio informativo a no sabía quiénes, le produjo un enorme desasosiego. Entonces, un sueño irresistible le embargó. No intentó resistirse a él. Por el contrario, lo acogió con placer.

* * *

—Despierta, Marc Alevin.
A los oídos de Marc llegaron aquellas palabras, pronunciadas con una muy agradable entonación, antes que abriera los ojos y se encontrase ante la visión más inesperada que imaginarse pudiera.
En seguida se percató que estaba sentado en una especie de confortable butaca. Frente a él, acomodada en otra similar, una muchacha de irreal belleza, aturdidora y de forma inexpresiva. Le miraba atentamente. Marc no podía asegurar si amistosamente o no. Simplemente, le observaba.
Quiso mover los brazos y parpadeó al comprobar que no existía ninguna traba que le impidiese llevar la mano derecha hasta su boca y darse cuenta que no tenía en ella ninguna clase de aparatos. Tragando saliva, dijo:
—Este despertar ha sido mejor que el otro. ¿Resulta demasiado osado preguntarle quién es usted?
—Deberá llamarme María.
Marc pegó un respingo en su asiento.
—¿María?
—¿Le sorprende? ¿Por qué no María?
Confuso, Marc miró cuanto le rodeaba. Se encontraba en una habitación tan luminosa como la anterior, pero allí el tono de luz era verde claro, muy confortador. Apenas tenía muebles la estancia. Sólo los precisos para no poder decir que estaba vacía.
Miró a la muchacha. Trató de sonreír, esperanzado e que ella le imitara y así poder comprobar si la sonrisa de la llamada María era tan agradable como su anatomía.

—Verá, señorita; no hace falta ser un lince para comprender que no me encuentro en una nave terrestre. Incluso usted, con su apariencia tan deliciosamente humana, me parece demasiado irreal —dijo.
Sus palabras lograron que la muchacha frunciera el entrecejo graciosamente.
—¿Me considera irreal? ¿Por qué?
—Su belleza está fuera de lo corriente.
—¿Sólo por eso?
—Además, usted no puede llamarse María. Este es un nombre demasiado terrestre. No la creeré si me dice que usted es de la Tierra.
—No, no lo soy.
Marc se sentía estupendamente bien, hasta el extremo de que el buen humor había retornado a su ser, cosa que no sucedía desde mucho antes de emprender la expedición a Plutón.
—Lógicamente, según los más tradicionales cánones establecidos para estos casos, usted debería llamarse de alguna forma impronunciable para mis posibilidades fonéticas, o con un largo número de serie. Al menos así lo establecieron los antiguos escritores de ciencia-ficción, cuando a mediados del siglo pasado intentaron profetizar la llegada a nuestro viejo planeta de seres extrasolares.
La fémina necesitó unos instantes para asimilar las palabras de Marc. Al parecer, consiguió al cabo comprender y sus maravillosos labios, gruesos y sensuales, rojos, dibujaron una sonrisa que encantó profundamente a Marc.
—Es cierto. Debí comprender que usted no admitiría que este nombre sea realmente el mío. Pero el caso es que decidí adoptarlo para que a usted le resultara más fácil llamarme, más familiar.
—¿Tan extraño es el suyo verdadero? María se encogió de hombros.
—Como dijo antes, encontraría dificultades en pronunciarlo. ¿Prefiere llamarme por otro nombre que le agrade más?
—Oh, no. María es en verdad un nombre femenino que siempre me ha gustado.
—Lo sé. Por ese motivo lo elegí entre otros muchos. Marc se incorporó y dio unos pasos por la estancia.
Se sorprendió al no encontrar ninguna puerta que le mostrase la salida. Se volvió hacia María, preguntándole:
—¿Está dispuesta a contestar a mis preguntas? Tengo que hacerle un montón de ellas.
—Procuraré complacerle.
Volvió a sentarse e intentó poner en orden sus pensamientos. Tenía que averiguar qué le estaba ocurriendo.
—Mire, señorita, espero que me comprenda si le hago preguntas que puedan parecerle estúpidas, pero mis últimas horas vividas han sido demasiado... emocionantes. ¿Sabe que estuve a punto de morir

asfixiado?
—Murió —corrigió ella.
Marc creyó que un enorme peso caía sobre él.
—¿Morí realmente?
—Lo trajeron ya muerto a la nave. Por suerte una pequeña chispa de vida aún permanecía en usted y conseguimos resucitarle.
—Entonces debo darles las gracias —dijo Marc, tragando saliva.
Pese a que su estado físico era perfecto, parecía que cierto mareo se estaba adueñando de él.
—No es preciso darlas. Su presencia es valiosa para nosotros.
—¿Sí? ¿Puedo saber por qué?
—Ignorábamos que este sistema planetario estuviese habitado por una raza semejante a la nuestra. Hubiéramos pasado de largo sin saberlo de no haber detectado el despegue de una tosca nave. Creímos que existía una colonia de seres vivos en este helado planeta y sólo nos hemos encontrado con usted, en una situación bastante delicada.
—Seguro. Mis hombres me abandonaron.
—Lo sabemos.
—¿Lo saben? ¿Cómo?
—Mientras terminaba de sanar averiguamos de usted todo cuanto sabe. Pero existen cosas que el subconsciente nos las revela de forma confusa. Será preciso que usted nos aclare muchas cosas.
—Pero antes quisiera que usted me confirmara si...
—¿Qué?
Marc se estrujó las manos. Se sentía algo ridículo.
Su postura era singular. Todos los indicios observados hasta el momento le obligaban a pensar que la nave en donde se encontraba y la muchacha no pertenecían a ningún planeta del cortejo solar. El Hombre no había encontrado vida inteligente en ninguno de los otros ocho planetas del Sol. Creía estar solo en el Universo.
Tal vez cuando alcanzase las estrellas se toparía con otras razas de elevado intelecto, pero difícilmente serían de aspecto humano.
Miró a María. Ningún síntoma en su bella persona denotaba que ella no había nacido en la Tierra. Tan sólo su hermosura, tan extraordinaria, la hacía aparecer como irreal, producto de un erótico sueño, la personificación de la mujer soñada.
Marc aspiró hondo y se decidió a preguntar:
—¿Es usted, esta nave y los hombres que me observaban antes, de otra estrella, de otra galaxia tal vez?
—Por supuesto. Creí que lo había adivinado ya.
—Es extraordinario.
—¿Por qué le parece extraordinario? ¿Acaso se imaginaban los terrestres ser los únicos seres inteligentes de la Metagalaxia?

Sabemos por los datos proporcionados por usted que aún no han establecido contacto con seres extraplanetarios, que están solos en su Sistema Solar. Pero esto no es indicio para que piensen que millones de soles no alumbran planetas con vida racional.
—Tiene razón. Pero siempre pensamos que no íbamos a encontrarnos con seres iguales a nosotros de procedencia extrasolar.
—Esta creencia es una demostración de su egocentrismo.
—Tal vez. Dígame, ¿me equivoco si pienso que aprendió mi lenguaje mientras dormía, al mismo tiempo que rastreaban mi cerebro?
—Es cierto. Todo el personal de esta nave aprendió su idioma. Es muy rudimentario.
—Es posible —mascullló Marc. A cada momento que transcurría se iba sintiendo en mayor inferioridad ante la muchacha—. ¿Por su presencia debo pensar que toda la tripulación es femenina? Creí que eran hombres los que me observaban...
—Es mixta la tripulación. Los varones de su raza sienten debilidad hacia las mujeres y yo fui delegada para estar con usted cuando despertara. Pensamos que mi presencia le tranquilizaría.
—Acertaron —sonrió Marc. Dijo divertido—: ¿Me creerá si le digo que menos me hubiera sorprendido al despertar, hallar una especie de pulpo en su lugar?
—¿Esa es su idealización de un ser procedente de las estrellas?
Al asentir Marc, la muchacha agregó:
—Usted nos ha descrito una no muy completa situación técnica y social de su raza, pero sí lo suficiente como para que este pensamiento suyo concuerde con nuestras conclusiones.
—¿ Cuáles conclusiones?
—Están en los balbuceos de los viajes por el espacio. Aún no se deciden a viajar por las estrellas más cercanas. Parecen incluso no haber dominado totalmente los planetas cercanos. ¿Por qué no realizan vuelos estelares? .
Mare farfulló algo y, molesto, dijo:
—Porque no podemos, demonios. Nuestras naves apenas alcanzan una veinteava parte de la velocidad lumínica. ¿Quién está dispuesto a dedicar treinta o más años de su vida para llegar a algún planeta de Alfa del Centauro?
—Su exposición de la técnica de navegación planetaria terrestre no fue muy clara. Su nombre es Marc Alevin, ¿verdad?
—Ya veo que me presenté a ustedes en sueños. Así es, en verdad.
—¿Cómo acostumbran a llamarle en su planeta?
—Me gusta que las mujeres hermosas me llamen Marc.
María lo miró extrañada. Parecía no haber comprendido.
—¿Sólo las mujeres hermosas pueden llamarle Marc? ¿Por qué?
Marc cayó en la cuenta que no debía usar demasiadas argucias

lingüísticas si no quería convertir aquella conversación en algo incomprensible para María, y se apresuró a decir:
—Olvídelo. Llámeme Marc, por favor. Todo el mundo lo hace así.
—Está bien —dijo María, levantándose—. Por ahora es suficiente. No es aconsejable agotarle con mucha charla. Necesita descansar. No sentirá hambre hasta dentro de algún tiempo. Volveré más tarde.
—Eh, no puede dejarme así.
Marc se levantó también, para quedarse parado en seco inmediatamente, estupefacto. María se había acercado hasta una de las paredes desnudas y un rectángulo de ésta se había desvanecido, formando una puerta que conducía a un corredor iluminado de color celeste.
A las palabras de Marc la muchacha se había retirado de la pared y la puerta desapareció, dejando el muro otra vez liso completamente.
—¿Le ocurre algo, Marc? ¿No se encuentra bien? Olvidando la puerta, Marc protestó:
—No me sucede nada, por el Espacio. Estoy muy bien. Lo que me ocurre es que necesito que me aclare, muchas cosas.
Ella no habló. Con el silencio pareció decirle que siguiera.
—Tal vez para usted el hecho de encontrarse con un representante de otra raza sea una cosa normal —dijo Marc—, pero el caso no es igual para mí. Es la primera vez que un terrestre ve a un ser procedente de las estrellas.
—¿Y bien?
—Pero, ¿no lo comprende? Este es un acontecimiento fabuloso. Necesito saber mil cosas, ya se lo dije antes. Por ejemplo, ¿quiénes son ustedes y de dónde proceden?
—La impaciencia junto con la curiosidad son defectos, al parecer, comunes entre los miembros de su raza, Marc.
—Por supuesto. ¿No es lógico que yo, en mi caso, sienta estas cosas?
—Es posible. Pero todo esto lo dejaremos para otra ocasión. Ya he dicho que ahora debe descansar.
Marc negó con la cabeza.
—No deseo descansar. No estoy fatigado. Quiero que me diga qué están haciendo en Plutón, cuáles son sus intenciones. Tal vez han escudriñado mi mente para averiguar la potencia defensiva de los terrestres y conquistarnos.
Si algo resultaba difícil de intentar era hacer un chiste que la desconocida mentalidad de María interpretase como tal y le produjera hilaridad. Al parecer, las palabras de Marc debieron producir aquel efecto. María rió y Marc se sintió confundido.
—¿Conquistarles? —dijo María—. ¿A ustedes? Oh, Marc. Si éstos son los temores que le torturan, le aseguro que puede descansar

tranquilo. Si no han ido a las estrellas, al menos deben conocer algo de la realidad del Universo. ¿Por qué íbamos a querer conquistarles, cuando tenemos cientos, miles de planetas a nuestra disposición? —María en seguida calló. Su rostro se tornó serio. Algo pareció recordar y se apresuró a decir—: Perdóneme. No debí reírme de usted.
Marc la observó sin saber qué responder.
—Por un momento olvidé algo. Sí, quizá usted tenga razón al temer que una raza estelar pueda poner en peligro este sistema planetario. Pero le aseguro que no será la mía.
—¿Qué quiere decir?
—Volveré más tarde. Para entonces nuestros mandos, junto con el Supremo, estarán dispuestos para recibirle. Entonces sabrá todo lo que ahora quiere saber. Descanse ahora.
María se acercó a la pared y de nuevo se abrió la extraña puerta. Marc dijo:
—No puede dejarme así. No podré estar tranquilo hasta que...
De súbito, Marc notó que sus párpados se volvían muy pesados. Se dejó caer en la butaca que antes ocupara María y se quedó en un segundo completamente dormido.
La muchacha le dirigió una mirada y cruzó la puerta, mientras la butaca se transformaba en una cómoda cama que acogió a Marc. Luego, la puerta desapareció y la pared tornóse de nuevo pulida y brillante, sólida.

3

—Podemos hablar en el idioma de los terrestres; nos servirá de práctica —dijo María a los seis hombres que estaban sentados tras la enorme mesa labrada con intrincados dibujos.
—De acuerdo —respondió el hombre que parecía presidir la reunión, renunciando a su lengua silabeante y casi musical. Dirigiéndose a María, dijo—: Nuestra detención obligada nos está demorando más de lo previsto, Coordinadora. Debemos decidir pronto respecto a Marc Alevin.
—Por supuesto —asintió otro de los miembros de aquella especie de Consejo. Era alto y fuerte, de granítico rostro—. Ya sabemos que este sistema planetario no nos ofrece nada interesante. Su civilización está en los comienzos y de poca ayuda puede servimos. En todo caso, sería un estorbo para la presente situación.
—Aún no emito decisión, Mahdral. Esperaré —respondió quien consintió en hablar en lengua terrestre—. Tal vez nuestra Coordinadora... María, con cuyo nombre se ha dado a conocer al terrestre Marc, pueda decimos algo de interés.
María esperaba el momento para hablar y dijo:

—Unos miles de años de progreso y evolución no deben convertirse en razonamiento para que despreciemos esta rama de la raza humana. Si los terrestres están en el alba de la civilización, éste es un inconveniente que se resuelve por sí solo con el paso del tiempo. Pero estoy segura que no tendrán oportunidad de alcanzar las metas que nosotros hemos logrado si están dentro de la ruta de los varvol.
—Eso es obvio —asintió el Supremo—. Prosigue, Coordinadora.
—Es razonable, por lo tanto, que demos alguna clase de ayuda a los terrestres. Al menos debemos advertirles del peligro que corren.
Mahdral movió la cabeza con pesimismo.
—Dudo que tal información sea de provecho para esa gente.
—¿Por qué?
—Ya vimos cómo es la nave que dejó abandonado a Marc Alevin en este planeta. Si todas las que ellos poseen son similares, poco podrán hacer contra los varvols.
—Pero pueden distraerlos por algún tiempo. Recordemos que no estamos sobrados de él y aún nos queda mucho viaje para regresar a nuestros mundos —dijo otro de los consejeros.
—Tiempo que estamos desperdiciando en este Sistema Solar —arguyó, impaciente, Mahdral.
—Unas pocas unidades de naves varvols serán suficientes para destrozar cualquier intento de defensa de la Tierra —dijo un consejero—. El resto de sus fuerzas puede seguir el camino después de ejecutar su funesto cometido. Y su destino ya saben cuál es: los mundos de la Liga. Para entonces debemos estar allí, después de avisar a los nuestros y estar preparados para la defensa.
—Nos estamos apartando de los motivos fundamentales que nos han hecho reunirnos —recordó el Supremo.
María miró a los seis hombres, que representaban la máxima autoridad de la unidad exploradora. Decidió hacer un último intento para defender su postura.
—Ya nos hemos repuesto de energía. Esta estrella ha sido buena. No creo que sea vital si perdemos unos instantes en instruir al terrestre adecuadamente, en informarle de todo lo que sabemos de los varvols. Debe regresar a su mundo e informar. Considero que esto es lo más correcto.
—¿Por qué, Coordinadora?
—Tal vez el destino hubiera hecho que nuestros dos pueblos se encontrasen en un futuro no muy lejano, de no haber surgido de las profundidades del Universo los varvols. Perderemos poco si ofrecemos a los terrestres esta pequeña ayuda y sí podemos ganar mucho.
Mahdral se movió pensativo.
—Puede ser, Coordinadora —dijo—. Pero dudo que sus

premoniciones sean certeras. Los datos obtenidos del terrestre durante su estado de semiinconsciencia no pueden ser más desconcertantes. Su civilización es violenta en grado sumo, y lo que es más, todavía no han conseguido desterrar de su planeta de origen las guerras y rencillas. Es aventurado creer que esta raza no está condenada a auto destruirse en corto plazo. Estoy seguro de que este hecho sería una realidad de no producirse la llegada de los varvols.

—El consejero Mahdral es demasiado pesimista —dijo María—. Otorguemos un margen de confianza a Marc Alevin y a su pueblo. Por desgracia no tardaremos en averiguar quién tiene razón.

Todas las miradas quedaron fijas en el Supremo. Esperaban las palabras de la máxima autoridad de la nave exploradora. Su mente privilegiada decidiría lo más conveniente.

El Supremo alzó la diestra y dijo:

—Haz pasar al terrestre, Coordinadora. Le advertiremos de la amenaza que se cierne sobre su pueblo.

María asintió y creyó ver en la mirada de Mahdral un gesto de contrariedad cuando ella se volvió para dirigirse a la pared que tenía a su espalda y frente a la mesa del Consejo.

Un gran rectángulo se formó en la pared al aproximarse ella y al otro lado apareció la figura curiosa y expectante de Marc Alevin, quien en pie aguardaba el momento de pasar al recinto del Consejo. Dos hombres de la nave, con dorados uniformes y portando extrañas armas, le acompañaban. A una señal de María, Marc entró en la estancia. Los soldados quedaron fuera.

Marc se detuvo. Se preguntó cuándo cesaría de su asombro ante tantas maravillas como estaba viendo desde que volvió a la vida en aquella nave, que nunca creyó fuera de proporciones tan descomunales.

Ahora se encontraba en lo que parecía ser uno de los puntos más importantes de aquel navío extragaláctico. María le había dicho que iban a ver al Consejo.

La estancia era grande. El suelo, brillante, casi tanto más que las paredes, que refulgían en tonos dorados. A partir de los dos metros de ella, una cúpula transparente permitía ver el denso negro sideral entorchado de miríadas de estrellas. Al observar los picachos más elevados de gas helado, comprendió que aún se encontraban en Plutón.

Avanzó hasta la mesa, a unos dos metros de ella. María se situó a su lado e hizo la convencional presentación.

—Marc Alevin, de la Tierra. Su labor, dentro de su pueblo, parece ser la de capitán del espacio. Está impaciente por conocer muchas cosas respecto a nosotros.

—Saludos, Marc Alevin —dijo el Supremo—. Se dará amplia

satisfacción a su curiosidad.
—Así lo espero, señores —respondió Marc, algo aturdido. Se preguntó si aquella era la forma correcta de dirigirse al Consejo—. Deseo darles mis más sinceras gracias por haberme... salvado la vida.
Estuvo a punto de decir «por haberme devuelto a ella», pero optó por decidirse por la palabra que expresó.
—No tiene importancia. Nos acercábamos a este planeta cuando nuestros oteadores registraron una débil radiación. Era de su nave que partía, dejándole a usted abandonado. Entonces decidimos tomar tierra en este lugar. Creímos que aquí cerca habría alguna ciudad o algo parecido.
—De todas formas, les estoy muy agradecido por todo. Ahora, ¿pueden saciar mi curiosidad?
El Supremo asintió y dijo:
—Sí. Esta es una de las miles de naves exploradoras que nuestra Liga de Planetas envía constantemente en todas direcciones de la Metagalaxia. Nuestra misión es descubrir mundos donde florezcan civilizaciones que hayan alcanzado la nuestra, al menos, y ofrecerles amistad y cooperación.
»Nuestra Liga está compuesta por más de mil planetas, repartidos en cientos estrellas. No todos los habitantes de la Liga tienen el mismo aspecto que usted y nosotros. Los hay que, para su mente, llena de prejuicios y carente de antecedentes y costumbres, juzgaría como monstruosos, pero cuya inteligencia es mil veces superior a la suya y tal vez también algo más que la nuestra.
»Esta nave pertenece a un planeta que gira alrededor de una estrella supergigante, algo mayor que la que llaman Epsilón de la constelación de Cochero, pues tiene cerca de dos mil quinientos millones de diámetro, en kilómetros, por supuesto, para que lo comprenda. Pese a esto, sus telescopios apenas pueden verla. Esto le dará una idea de la distancia en que se encuentra nuestra patria. Olvidaba decirle que llamamos a nuestra estrella Grhallah y el único planeta que la corteja, el nuestro, Grhalladah.
»Habrá comprendido que usamos sus términos de mediciones para el espacio. También lo haremos para el tiempo. Salimos de Grhalladah hace dos años y alcanzamos galaxias que están situadas a doscientos mil millones de años luz de aquí, lo que supone más de tres mil millones de nuestra patria.
»Por aquellas zonas descubrimos algo terrible. Ustedes aún no lo han descubierto con sus telescopios porque los rastros de la tragedia tardarán doscientos mil millones de años en llegar aquí. Tal vez para entonces este Sol se habrá apagado por sí solo; pero mucho antes habrá muerto prematuramente por la mano despiadada de unos entes diabólicos.

—¿Qué quiere decir con eso de que nuestro Sol morirá? ¿Debo entender que esa amenaza está cerca? — preguntó Marc.
—En apenas unos días esa amenaza habrá hecho su aparición, aproximadamente por los alrededores de las órbitas de los planetas octavo y noveno. Desde ese lugar, el arma-que-apaga-los-soles cumplirá con su cometido —dijo el Supremo, sordamente.
Marc miró a todos los hombres del Consejo primero y luego a María. Pero la muchacha no podía tomar las palabras mientras hablase el Supremo. Fue éste quien siguió hablando:
—A causa de su idioma, demasiado nuevo para mí, creo que he perdido el hilo de la exposición, Marc Alevin. Le ruego me disculpe. Procuraré enmendarme.
»Decía que descubrimos, que presenciamos, cómo docenas de sistemas solares morían, apagándose uno tras de otro, hasta que ninguna estrella, enana o gigante, azul o roja, quedó intacta. Allí vivían muchas razas, en distintos grados de civilización. Algunas eran humanas, otras humanoides y la mayoría infrahumanas, pero todas dignas de ocupar algún día un lugar en la Liga. Llegamos tarde. Los varvols habían terminado su sucio y destructor trabajo.
—¿Quiénes son los varvols?
—Son gentes destructores; que no queremos calificar ni de infrahumanos. Su aspecto es repugnante incluso para nosotros. Nunca vimos nada igual. Suponemos que proceden de algún lugar situado a billones de años luz, casi en donde el espacio debe curvarse para volverse a unir en el otro lado.
»Viajan en cien naves pequeñas, pero casi invulnerables. Disponen del arma-que-apaga-los-soles en otra mayor, la capitana. Precipitan la combustión del hidrógeno, acelerando el proceso atómico y convirtiendo los átomos de un solo núcleo en otros más pesados, corno los del plomo o mercurio. En pocas horas los soles consumen toda la energía que tenían para iones de tiempo y junto con ellos mueren los planetas de su séquito.
»Nosotros hemos visto, Marc, cómo cientos de soles desaparecían del Cosmos, convertidos en densos cuerpos negros, empequeñecidos y fríos.
—¿Por qué hacen tal cosa los varvols? —preguntó Marc, sintiendo un agudo escalofrío.
—Lo ignoramos —contestó el Supremo—. Conseguimos apoderamos de uno de ellos y apenas si logramos comunicamos con él. En realidad, es que no quieren. Lo mantenemos con vida milagrosamente, pues más de una vez intentó quitársela. Al escrutar su mente nos encontramos con la desagradable sorpresa de que apenas si es inteligente. Su cerebro está acondicionado sólo para obedecer y en él germina un odio mortal a toda la Metagalaxia. Su

obsesión es destruir por el simple placer de destruir.
—Es absurdo.
—Cierto. Conseguimos trazar la ruta que los varvols van a seguir y alarmados descubrimos que en apenas unas semanas, Marc, llegarán a los planetas de nuestra Liga.
—Supongo que podrán detenerlos.
—Confío en que sí. Cuando lleguen a las cercanías de nuestra Galaxia les haremos frente y estoy seguro que destruiremos su nave capitana. Luego, las demás poco daño podrán hacemos. Pero para ello necesitamos regresar. Nuestros mensajes tardarán años en llegar a la Liga. Con nuestra nave estaremos allí en unos días, con tiempo suficiente para preparar la defensa.
—Es asombroso que puedan recorrer cientos de años luz en unos días. ¿A esa misma velocidad navegan los varvols?
—Sí. Tanto ellos como nosotros empleamos la curvatura del espacio para sumergirnos en él viajando a miles de veces la velocidad de la luz, al mismo tiempo que usamos el plano temporal para mantener la estabilidad con nuestro punto de partida.
—Comprendo. De otra forma, un año en el espacio representaría docenas en sus mundos. Es la teoría de la relatividad del tiempo. Usan un buen sistema para anularla. Pero, dígame, ¿por qué aterrizaron aquí?
—Usamos la energía de los soles amarillos, tipo G, como el suyo, para alimentar nuestras reservas de energía. Después de ver lo que ocurría en aquella zona de estrellas, apenas tuvimos oportunidad de repostamos y accidentalmente elegimos este planeta para abastecemos.
—¿Por qué eligieron un punto tan distante de nuestro Sol? A cinco mil millones y pico de kilómetros los rayos solares no deben ser muy intensos.
—Pero son más puros. Es la clase de energía que necesitamos. Ustedes hubieran descubierto dentro de unos cientos de años la manera de navegar por el hiperespacio y el tiempo, de no existir el peligro varvol.
—¿Otra vez se refiere a esa amenaza? ¿Por qué insiste en que los varvols van a destruimos a nosotros? No saben que existimos. ¿No dijo que marchan directamente a su Galaxia?
—Sí, pero ellos supieron que los habíamos descubierto y se lanzaron en nuestra persecución. Apenas les llevamos ventaja. Emergerán del hiperespacio en esta misma zona. Poseen un medio de detección extraordinario. También tendrán que repostar y entonces descubrirán su estrella. Para ellos será un divertimiento el destruirla. Luego proseguirán su marcha tras nosotros. Pero para entonces estaremos preparados y serán destruidos.

Marc creyó estar soñando de nuevo. Incluso estar sobre la helada atmósfera de Plutón, esperando la muerte.
—Deben estar equivocados. No puede existir una raza que destruya sólo por placer. Ustedes no deben haber intentado dialogar con ella. Estoy seguro que si lo hubieran intentado habrían llegado a un entendimiento.
—¿Usted cree? —preguntó el Supremo con soma—. Sigamos. Le voy a mostrar el varvol prisionero. Luego nos dirá si cree posible llegar a un acuerdo con tales seres.

4

Los miembros del Consejo se levantaron y el Supremo salió de la estancia seguido por ellos. María indicó a Marc con una señal que fuera tras sus pasos. Ella cerró la marcha.
Cruzaron interminables corredores densamente alumbrados de amarillo. El suelo, pese a su brillantez, ahogaba las pisadas. Parecían caminar sobre una mullida alfombra.
Marc se sintió sobrecogido por el silencio total que rodeaba la nave. Llegaron hasta un nivel donde el suelo se movía. Al principio fue a pequeña velocidad, pero más tarde aumentó y en pocos segundos se encontraron, después de bajar algunos niveles, ante una puerta de acero gris. Dos soldados grhalladahnos hacían guardia delante de ella.
Ante la presencia del Supremo y los demás miembros del Consejo se apartaron con respeto, pero sin servilismo, de la puerta de acero, que se hundió en el suelo en silencio.
Penetraron en una estancia casi en penumbras. En el centro de ella se levantaba un enorme cubo de un material aparentemente silíceo, pero opaco totalmente.
—Los varvols no pueden resistir apenas la luz —explicó el Supremo —. Tal vez ésa sea la causa por la que ellos odian los soles.
Entonces, Marc notó que allí hacía mucho frío.
—Esta temperatura —dijo Mahdral— que es desagradable para nosotros por lo fría, apenas si reconforta el cuerpo del varvol, que al parecer necesita una más baja aún.
Detrás de ellos se cerró la puerta de acero.
A una indicación del Supremo, María se acercó a una mesita situada junto a la entrada y movió un interruptor de los varios que sobre ella habían.
Una tenue luz, incapaz de despejar las penumbras de la estancia, se encendió en el interior del cubo de cristal.
Marc avanzó unos pasos para ver mejor la confusa forma que en el interior del cubo se movía. Pero en seguida se detuvo, paralizado por

el terror, ante lo que había descubierto allí dentro.
Retrocedió y su cuerpo tropezó con el de María.
—Comprendemos sus sentimientos. Siente asco y terror al contemplar por primera vez a un varvol, Marc Alevin —dijo el Supremo.
Marc tragó saliva e intentó reponerse. Debía mostrarse fuerte ante los grhalladahnos. Un terrestre no iba a ser más pusilánime que ellos. Avanzó tanto como pudo hasta la jaula de cristal, todo lo que su estómago le permitió.
Con los ojos abiertos como platos y temiendo desmayarse o vomitar, Marc contempló al varvol.
Aquello no podía titulado como una criatura viviente. El no era capaz de clasificada como un producto del carbono, sílice o materia pétrea. También podía creer que se trataba de una especie de monstruo marino, de la mayor profundidad del océano.
El varvol era un montón de masa babosa y reluciente en su mayor parte. La zona inferior de lo que se le podía llamar cuerpo era casi un áspero bloque de granito. Los laterales estaban llenos de seudópodos que se movían sin cesar, delgados y de vivos colores, de cuyas puntas se vertían al suelo del cubo un líquido verdoso que se tomaba oscuro al poco rato de caer.
—Por suerte, no podemos percibir el nauseabundo olor que exhalan los varvols —dijo Mahdral.
Marc se volvió para mirar al Consejero. Su rostro debía mostrar un terror tan grande que despertó la hilaridad en Mahdral. Avergonzado, Marc reintegró su atención al varvol.
Aquella monstruosidad pareció haberlos visto y se arrastró sobre el suelo encharcado por sus propios excrementos, pegando sus camosas y brillantes pieles al cristal. Desde lo más hondo de aquel cuerpo, Marc creyó distinguir unos ojos rudimentarios, que como ascuas le miraban.
María comprendió el estado de ánimo de Marc y dijo:
—Creo que el terrestre ha comprendido perfectamente por qué no hemos podido establecer una relación pacífica con la raza varvol.
—Estoy seguro de ello —sonrió Mahdral.
Mientras salían de la estancia, María dijo de no muy buen talante al Consejero:
—A todos nos costó trabajo acostumbramos a la presencia de ese monstruo.
—Pero yo dudo que el terrestre consiga algo semejante.
Marc estaba mareado, pero no pudo resistir la tentación de volverse para mirar de nuevo el cubo que servía de prisión al varvol. Entonces la jaula recobró otra vez su oscuridad, de lo que se alegró.
Una vez al otro lado de la pesada puerta de acero, el Supremo dijo a Marc:

—Ahora nos ocuparemos de que regrese con los suyos, Marc.
—¿Cómo? ¿Van a llevarme a la Tierra?
—No podemos correr ese riesgo ni perder de esa forma nuestro preciado tiempo. Antes de... dos de sus horas será requerido para la partida.
—No entiendo...
—Eso es cosa nuestra. Nos veremos, terrestre. Mientras tanto, la Coordinadora le pondrá al corriente de cuanto sabemos acerca de los varvols y sus naves de guerra. Además, nuestros técnicos, le prepararán unos informes en su lengua para que los entregue a sus líderes.
Los seis hombres que componían el mando de la grhalladahna se alejaron corredor adelante. Marc quedó solo con María y los soldados que hacían guardia ante la entrada de la prisión del varvol.
—¿Acaso me van a prestar ustedes una pequeña nave para regresar?
María movió negativamente la cabeza.
—Ignoro lo que ha decidido el Supremo. Pero esté seguro que será lo más correcto.
—Vaya, al parecer aquí todo lo decide el Supremo.
No puede decirse que componéis una democracia al menos dentro de la nave.
—¿Democracia? —repitió María—. Ah, sí. ¿Es una forma de gobierno de tu planeta, no?
—Sí.
Ella sonrió, empezando a caminar. Dijo:
—Recuerdo sus pensamientos en cuanto a la efectividad de las democracias terrestres. Su subconsciente, Marc, está convencido que ninguna de ellas ha sido en verdad efectiva.
Cogido de sorpresa por las palabras de la muchacha, Marc se rascó la nuca. Tal vez ella tenía razón.
—Bueno, lo que quise decir es que no me parece bien que un hombre solo tome decisiones tan importantes.
—Ser Supremo en una nave exploradora de la Liga es algo difícil de alcanzar en. Grhalladah. Tal vez más que en ningún otro planeta. Por eso los Supremos nuestros son muy apreciados. Se requiere mucho tiempo de preparación para estar capacitado en el desempeño de tal cometido. Es seguro que las decisiones de un Supremo siempre son las más acertadas, teniendo en cuenta que los datos que posea sean ciertos y completos.
—¿Y si no lo son?
—Entonces puede errar, pero no será por culpa suya. Nuestra raza, Marc, no admira la persuasión dialéctica de una persona para obedecerla, sino su lógica.
Marc no sabía adónde lo llevaba María. Pero le daba igual un sitio que

otro. Aún no se había repuesto de la experiencia sufrida ante la visión del varvol.
Se sentía muy preocupado. No imaginaba salida posible, salvación al sistema Sol. Los grhalladahnos se marcharían y en poco tiempo los varvols harían acto de presencia para destruidos.
—Comprendo. La de ustedes es una raza práctica, lógica, carente de reacciones humanas como la nuestra —dijo Marc con amargura.
—¿Por qué dice eso?
Marc alzó la mirada que había tenido dirigida al suelo y se enfrentó a los bellos ojos de María.
—Quizá es usted la que no comprende. Me asombran en verdad. Saben que formamos una civilización, más o menos salvaje según su punto de vista, de varios miles de millones de seres que los varvols destruirán. ¿Y qué hacen? Se limitan a contármelo, a darme el pésame. Es como si le dijeran a un enfermo, por afán morboso, que va a morir en el plazo de unas horas. ¿No sería mejor dejarle en la ignorancia, que muera tranquilo, sin saber cuándo llegará su hora?
María parecía confundida.
—No entiendo, Marc. ¿Qué intenta decir?
—Dígame usted antes: ¿Tenemos alguna posibilidad de vencer a los varvols, de impedir que usen su arma contra nuestro Sol?
—No, no tienen la menor posibilidad.
Habían entrado en una habitación grande, decorada con murales tridimensionales y extraños muebles. María sacó de una caja una bandeja con comida que colocó encima de una mesa, diciendo:
—Es su comida, Marc.
—Gracias —gruñó el terrestre—. ¿Supone que voy a tener apetito después de ver al varvol, después de enterarme que me voy a ir al diablo junto con todos mis semejantes?
—Como guste —replicó María sentándose en una silla, frente al enfurecido Marc—. Hace mal, de todas formas. Hemos preparado estos alimentos teniendo en cuenta su capacidad digestiva. Le aseguro que le harán muy bien.
—Tal vez luego —Marc estaba arrepentido por haberse mostrado tan desconsiderado con la muchacha. Miró la habitación y preguntó—: ¿Qué es esto?
—Es mi habitación personal. Estaremos aquí hasta que le llamen.
—¿Por qué desean que vuelva a la Tierra, para advertir del peligro? Nada conseguiremos. Hubiera sido mejor dejar a los miles de millones de desgraciados que ignoren la realidad. No me gusta que los demás sientan lo mismo que yo siento ahora, sabiendo que todos vamos a morir.
—Marc, ¿me creerá si le digo que lo siento?
El se volvió, acercándose adonde estaba María.

—¿Por qué no voy a creerla? Yo también siento piedad cuando un animalito se rompe una pata. Sí, eso es lo que nosotros somos para ustedes: unos animalitos.
—Está ofuscado. Pensé que iba a reaccionar de otra forma.
—Me gustaría verla en mi lugar —respondió Marc con sorna.
Ella tardó unos instantes en decir:
—Tal vez tenga razón. No podemos pensar de la misma manera.
—Pero aún no me dice por qué desean que regrese con los míos.
—Hemos pensado que ustedes, ya que no podrán vencer a los varvols, tal vez les ofrezcan una fuerte resistencia que los entretenga algún tiempo, que nosotros sabremos aprovechar.
Marc crispó los puños. Aquello colmaba su paciencia.
Furioso, fuera de sí, espetó a María:
—Esto es el colmo. No solamente no van a mover un dedo para ayudamos, sino que incluso nos quieren utilizar para que distraigamos por unas horas, unos días, a sus enemigos. ¿Sabe lo que estoy pensando de ustedes, de la Liga y de todo cuanto representan?
La muchacha miraba asombrada a Marc.
—No ve las cosas desde un punto lógico, Marc. ¿No comprende que los varvols llegarán a este sistema inexorablemente y que apagarán su Sol. Lo sentimos, pero esta demora será conveniente para nuestros fines. Es normal que intentemos ganar algo de tiempo.
Marc aspiró hondo.
—Sí, comprendo ahora. Ya que es irremediable que muramos, ¿por qué no decimos lo que va a pasar? Me han estudiado lo suficiente como para que sepan que mi raza no sucumbirá sin luchar, pese a que sabremos que no tenemos posibilidad de vencer. Siempre será mejor que dejamos en la ignorancia y que los varvols apenas si se detendrán aquí el tiempo justo para apagar nuestro Sol.
El terrestre se derrumbó en la primera silla que vio. Dejó caer cansadamente sus brazos. Se sentía derrotado, sin fuerzas siquiera para insultar a María, a su gente. ¿Para qué? Los grhalladahnos no poseían el intelecto adecuado para comprender a los terrestres. Ellos sólo podían mirar a los seres de la Tierra como a una raza inferior a la que el destino había privado de que cientos de años más tarde se unieran a la Liga, y la causa eran los varvols. Pero de todas formas, aquellos salvajes les harían un favor si se oponían a los varvols y retrasaban su llegada a los planetas de la Liga.
María se levantó y se acercó a Marc.
—Me gustaría sentir lo mismo que usted. De veras. Marc hizo una mueca de desagrado.
—No creo que lo consiga por mucho que se esfuerce. Pese a que su aspecto es tan humano como el mío, dudo que tengan conciencia.
Ella sonrió.

—Sé que es mucha la importancia que los humanos de esta estrella dan a lo que denominan conciencia. Es una cosa impalpable. ¿Cómo pueden creer en algo que no ven? ¿De qué les sirve?
—De bastante. Nos ayuda a comprender a nuestros semejantes, a evitar a veces que les hagamos daño, a amar a una mujer, a tener hijos con ella, a... ¡Demonios! Es fundamental.
—Sin embargo, Marc, pese a gozar de esa conciencia, ésta no les ha privado que durante siglos se maten entre sí por tonterías.
—El hombre debe progresar paulatinamente. Me horroriza pensar, sin embargo, que es posible que llegue un momento en que pensaremos igual que ustedes, que no sintamos piedad, al menos, al pensar que millones de seres están condenados a morir bajo la impiedad de los varvols y estemos dispuestos a no mover un dedo para impedirlo.
—Nuestra ayuda no es posible.
—¿Quién dice eso? ¿Acaso esta nave no está preparada para repeler un ataque? No me dirá que recorren el Cosmos indefensos...
—No, desde luego. Pero no podemos correr el riesgo de que a nuestros mundos no llegue el aviso del peligro varvol.
—Este debe ser un razonamiento del Supremo, ¿eh?
—Desde luego. El ha decidido esto. Mejor dicho, apenas se refirió a este tema, a la posibilidad de ayudar a la Tierra. Está fuera de la más simple lógica.
—A veces es conveniente correr riesgos.
—No en este caso.
—Me gustaría discutir eso con el Supremo.
—Puedo transmitirle sus deseos. Le concederá audiencia.
—Se lo agradeceré.
María fue a marcharse, pero Marc la alcanzó antes que saliese de la habitación. Tomándola de un brazo, hizo que el grácil cuerpo de la muchacha se volviera. Ella lo miró interrogadoramente, tal vez sorprendida por aquel gesto que consideraba como una violencia.
—Me pregunto hasta qué punto son ustedes humanos —dijo Marc—. Gozan de una supercivilización, pero su actitud me hace dudar que la hayan alcanzado plenamente. Incluso me atrevería a pensar que han olvidado lo más bello que existe entre humanos, entre todos los seres, racionales o no. Y quiero asegurarme si me equivoco o no.
Sin dar tiempo a María a reaccionar, Marc la tomó entre sus brazos y la estrechó fuertemente, besándola con rabia, como si quisiera infundir algo de comprensión a través de sus labios. La grhalladahna se dejó besar al principio debido a la sorpresa. Luego, por un breve instante, Marc creyó que correspondía a la caricia. Pero en seguida quedó roto el hechizo del momento al desprenderse María de los brazos del terrestre, con fuerza y decisión.
—Este es un fiel exponente de las reacciones animales de los de su

raza, Marc Alevin.
—¿Llama a esto reacción animal? —gritó Marc—. ¿Acaso se han hecho realidad en ustedes los presagios de quienes, en mi planeta, a finales del siglo pasado auguraron que en un futuro no lejano las criaturas nacerían en laboratorio? Tal vez han modificado los naturales apetitos sexuales. ¿O los han anulado?
María pareció que iba a responder a las palabras de Marc con la misma violencia que él había empleado. Su pecho denotaba la respiración alterada y el fulgor de sus ojos indicaba su irritación.
—Es perder el tiempo hablando con usted de cosas que están fuera del alcance de su intelecto.
El asintió con la cabeza. Estaba completamente sereno.
—Sí, puede ser. Yo soy para ustedes como un mono que no sabe ni bajar de los árboles. Había olvidado que soy su huésped y que también les debo la vida.
—Diré al Supremo que usted desea hablarle de cierta cuestión —dijo María dirigiéndose a la pared que prestamente dejó abierta la abertura suficiente para que saliera.
Marc gruñó entre dientes:
—Es muy amable por su parte.
En aquel momento se dejó escuchar en la estancia una serie de sonidos parecidos a unos silbidos. María se volvió y Marc preguntó:
—¿Qué es eso?
—Me hablan en mi lengua —explicó—. Es una orden del Supremo. Nos pide que vayamos a la sala de mando. Debe tratarse de algo importante. Vamos, no podemos hacerle esperar.

5

Cuando llegaron a lo que María había llamado el puente de mando del navío estelar de Grhalladah, Marc sólo precisó de unos breves segundos para percatarse que habían abandonado la helada superficie de Plutón.
Aquella nave era más asombrosa de lo que pudiera suponer. Era capaz de despegar de un planeta sin que nadie a bordo se enterase.
Ahora se encontraba, después de un rápido viaje a través de unos niveles deslizantes y ascensores, en una estancia aún mayor que la sala del Consejo. En su centro estaban alineadas una serie de mesas. Un par de docenas de grhalladahnos de ambos sexos manipulaban en sus complicados mecanismos. Frente a éstos, una gran pantalla visora, de más de cinco metros por cuatro, ocupaba la pared. A los laterales, otras pantallas más pequeñas permanecían apagadas.
El Supremo y uno de los miembros del Consejo, Mahdral, permanecían absortos en la contemplación de las imágenes que la

pantalla iba reflejando.
A su lado, María susurró a Marc:
—Debemos esperar a que el Supremo se dirija a nosotros.
—¿De qué se trata? —preguntó Marc quedamente.
—Lo ignoro.
—Hemos partido de Plutón —dijo Marc mirando a su alrededor.
—Sí. Creo que ahora estamos a unos ochocientos mil kilómetros de ese planeta.
Marc tragó saliva. Apenas había transcurrido una hora desde que estuvieron en la sala del Consejo y comprendiera que aún permanecían en Plutón, cosa que descubrió al ver los picachos helados a través de la cúpula.
—¿Cuál es nuestro destino?
—No lo sé. Sólo el Supremo lo sabe. El es quien dirige personalmente esta operación. Pero nos estamos adentrando en el sistema planetario.
Marc pensó que con naves como aquélla se podría ir a la Tierra en poco más de cincuenta horas. Le preguntó a María si aquella era la velocidad máxima que podían alcanzar y, sorprendida por la pregunta, la muchacha respondió:
—¡Qué absurdo! Ahora vamos a paso de tortuga. No empleamos velocidad lumínica en el interior de los sistemas planetarios, pero incluso esta velocidad de crucero es inferior a la que solemos emplear normalmente en rutas cortas.
El terrestre se atragantó al oír la respuesta, y estuvo a punto de ahogarse cuando descubrió en la pantalla un puntito que rápidamente aumentó de tamaño y mostró las conocidas líneas de su nave, el «Star».
—¡Esa es mi nave! —gritó Marc.
El Supremo se volvió al oír la exclamación.
—Ah, ya está aquí el terrestre —dijo mostrando una pequeña sonrisa —. Veo que pronto ha reconocido su nave. Nuestros aparatos detectores nunca la perdieron de vista. Lanzamos hace media hora un rayo magnético, creo que así lo llamarían ustedes, y en pocos minutos la tendremos junto a nosotros.
—¿La están atrayendo?
—Sí. Nosotros observamos la partida de su nave antes de aterrizar en Plutón y siempre supimos dónde estaba. Ahora la necesitamos para que usted regrese con ella a la Tierra.
Marc recordó el tesoro que encerraba el «Star» en sus entrañas y temió que su gesto descubriera cuáles eran sus sentimientos. En seguida un pensamiento acudió a su mente y expuso sus temores.
—Pero con el «Star» necesitaré veinte semanas para regresar a la Tierra.

—Nosotros le daremos un superimpulso que le permitirá estar en órbita lunar en menos de diez horas. No tema, su nave no sufrirá nada. Navegará en un rayo de luz de gran aceleración. Es una forma tosca de navegar, pero eficiente. Será como si catapultásemos esa rudimentaria nave.
—No podré servirme de los tripulantes para gobernarla. Se amotinaron. Tendrán que regresar encerrados —dijo Marc.
—No tendrá que hacer nada hasta que esté a trescientos mil kilómetros de la Tierra. A esa altura el «Star» se detendrá y usted podrá pedir ayuda. No será difícil que una nave de la Tierra acuda en su ayuda y los transborden.
Marc calló. María, a su lado siempre, dijo:
—Sabemos lo que le ocurrió con sus hombres. Quisieron matarle para robarle. En verdad casi lo consiguieron.
El terrestre no respondió. Miró la pantalla. Ahora el «Star» se veía tan grande en ella que casi podía leer los números pequeños de su matrícula.
Se preguntó qué estarían pensando sus hombres. Seguramente no darían fe a lo que sus ojos estaban viendo.
La imagen del «Star» y las estrellas desaparecieron de la pantalla. En su lugar apareció una especie de hangar. Una sección se estaba abriendo, dejando ver el espacio sideral. Pronto apareció la nave terrestre, flotando. Unas pinzas gigantescas surgieron de alguna parte y agarraron delicadamente a la nave, dejándola sobre una plataforma. Luego, la compuerta se cerró.
—Operación concluida. —dijo Mahdral. Volviéndose a Marc, añadió—: Puede retirarse, terrestre. Le avisaremos cuando pueda ver a su tripulación.
—¿Qué van a hacer ahora con ellos? —preguntó Marc.
—Serán encerrados en una de nuestras salas de seguridad... cuando logremos convencerles de que salgan de la nave. Consideramos que deben estar aún muy asustados —dijo el Consejero.
—No lo dudo —repuso Marc—. Y más lo estarán cuando me vean.
Marc escuchó al Supremo dar unas órdenes en su cantarina lengua a unos hombres. Una sección metálica descendió del techo del hangar y se pegó al fuselaje del «Star». Parecía como un tubo de transbordo. Miró a María interrogándola con la mirada.
—Por ese conducto sacaremos a los hombres —respondió María—. No queremos que entren en contacto con nuestra atmósfera.
—¿Por qué? A mí no me afecta.
—Lo sabemos; pero no se trata de eso, sino que queremos evitar que nos contaminen. La tripulación será esterilizada previamente.
Marc consideró que había recibido otro golpe bajo.
Los grhalladahnos tenían con los terrestre las mismas

consideraciones que ellos con los monos. Usaban guantes de goma para no tocados. Recordó el beso que le dio a María y deseó saber si a ella le había molestado demasiado. La muchacha no dio muestras de sentir repugnancia.
En aquel momento, María estaba diciendo a Mahdral:
—Tengo un trabajo inaplazable que realizar, Consejero. ¿Podría ocuparse del terrestre por un momento? Regresaré tan pronto pueda.
—Sí, Coordinadora.
María salió de la sala de mando sin despedirse de nadie. Pasó por el lado de Marc sin mirarle siquiera de soslayo.
Mahdral se le acercó, para decirle:
—Tenemos algún tiempo a nuestra disposición, terrestre. Dentro de poco estará camino de la Tierra. ¿Desea aprovecharlo en algo sustancioso?
Marc miró las caderas cimbreantes de María al salir de la sala de mando y se dijo que seguro que podía aprovechar sus últimos instantes en la nave grhalladahna en algo, que a él le complacería muchísimo. Pero dudó que tomasen en consideración sus deseos, y dijo:
—Es todo tan fantástico para mí, Consejero, que no sé qué sería más notable ver. Sí, me gustaría charlar algo con usted, al tiempo que me muestra lo que considere su criterio como más relevante.
El Consejero asintió y señaló la salida.
—De acuerdo. Vamos allá.
Marc se volvió para mirar al Supremo antes de seguir a Mahdral. La máxima autoridad de la nave extrasolar estaba sumamente dedicado a distribuir órdenes a los técnicos de la sala de mando y no quiso molestarlo. Al parecer, no era una falta de educación entre los grhalladahnos marcharse sin despedirse.
—Luego le mostraré unos obsequios que el Supremo desea que lleve usted a la Tierra como muestra de simpatía y ardientes deseos de que el destino permita a nuestras razas que se encuentren en un futuro no muy lejano —dijo Mahdral—. Lo hará el Supremo antes de la partida.
—Me temo que sus buenos deseos deben tener en cuenta el permiso de los varvols, ¿no? —recordó Marc con sorna.
—Pese al poco tiempo que le conozco, creo que ustedes, los terrestres, poseen una extraña sensibilidad para el humor. Parecen disfrutar haciendo chistes morbosos a costa de sus propias desgracias.
—La situación no permite que diga cosas simpáticas e intrascendentes, ¿no cree?
—Tal vez tenga razón. Nosotros estamos acostumbrados a estudiar infinidad de razas y civilizaciones y estamos inmunizados contra la sorpresa, pero le confieso que ante las ligeras nociones que tengo de

la que vive en este sistema solar, no he podido reprimir una cierta sensación de estupor.
—¿De verdad? ¿Debo tomado como un halago?
—Soy aficionado a la psicología planetaria, no un técnico en tal especialidad —dijo Mahdral haciendo entrar a Marc en uno de los elevadores de ingravidez—. Sin embargo, me atrevería a emitir un juicio que dudo sería errado.
—¿Cuál es?
—Por una parte, si no son destruidos por los varvals representarán una cierta amenaza para la Metagalaxia.
—¿Un peligro nosotros?
—Sí. Figúrese que no existieran los varvols, que nosotros no hubiésemos pasado junto a ustedes ahora. Quizá dentro de unos siglos notáramos su presencia en el Cosmos, cuando llegaran a desarrollar los viajes estelares. Entonces serían invitados a ingresar en la Liga, cosa que no dudo que aceptarían. Al principio se mostrarían humildes, pero con el tiempo creo que exigirían un puesto predominante entre nuestros planetas. Se querrían erigir en líderes absolutos. Terminarían por conseguirlo o desencadenarían una guerra.
—¿Y la otra parte?
—Resumiendo, que ustedes están predestinados a ser destruidos por sus mismas pasiones o participar activamente en la vida galáctica.
Marc arrugó el ceño. Ignoraba si era debido a la no total dominación de la lengua terrestre, pero lo cierto es que algunas veces no comprendía a los grhalladahnos.
Salieron del elevador y penetraron en el corazón palpitante de la dorada nave, donde se almacenaba el fabuloso poder que la permitía desplazarse por los inmensos espacios estelares.
—Cada cierto tiempo necesitamos reponer nuestras energías vitales. La conseguimos de las más abundantes fuentes del Cosmos: de las estrellas. Pero no todas nos sirven para nuestros propósitos. Desde las azules a las rojas son las arnarillo-anaranjadas las más provechosas, y, de éstas, las espectrales F, G y K.
La explicación de Mahdral fue acompañada por una indicación de su brazo derecho señalando unas docenas de cilindros metálicos erigidos en el centro de la circular habitación. Gruesos conductos partían de ellos perdiéndose en el techo.
—Las horas que hemos permanecido detenidos en Plutón nos han servido para conseguir reservas suficientes para regresar.
Marc esbozó una sonrisa y dijo:
—Siempre pensé que la energía atómica-plasmática sería la ideal para mover las futuras naves estelares.
—¿Para qué producir algo que la naturaleza nos brinda en su

expresión más pura? Las estrellas irradian unas colosales fuerzas que son aprovechables. El proceso del viaje a través del espacio-tiempo se estudia antes de cada salto, se graba en un cerebro electrónico y éste se encarga de desarrollarlo.
—¿Y si se quiere rectificar en medio de un viaje el destino?
—Es imposible. Se ha de suspender el programa y emerger al espacio normal para preparar un nuevo salto. Una nave, mientras viaja por el hiperespacio, deja de existir para el Universo normal.
—Así que los combates a velocidad superlumínica son inexistentes, ¿no?
—Desde luego. Para luchar se ha de emerger en el espacio normal. Sólo se usa esta emergencia para huir si se considera que la batalla nos sea desfavorable, pero esta solución debe ser muy bien considerada antes de llevada a la práctica.
—¿Por qué?
—Tanto los varvols como nosotros usamos idénticas fuentes de energía para formar una coraza defensiva alrededor del casco de la nave, disparar las andanadas de fuerza desintegradora y hacer funcionar los demás mecanismos vitales de la nave. Para iniciar el salto se requiere casi toda la potencia de los acumuladores de energía durante unos minutos, que son los que dejan a la nave absolutamente indefensa. Entonces un disparo del enemigo sería fatal.
Salieron de la sala y Mahdral preguntó al terrestre si deseaba ver algunas otras dependencias de la nave.
—Me gustaría ver a mis tripulantes.
—Bien. Iremos allá.
Mahdral no parecía tener prisa por llegar hasta los habitáculos destinados, al parecer, a los huéspedes peligrosos, como el varvol, adonde dijo el Supremo que serían conducidos Mortimer y los demás.
Marc aprovechó para preguntar al Consejero:
—Mahdral, ¿hasta qué punto ha evolucionado su raza para distanciarse de la nuestra en lo relativo a forma de procrear?
Mahdral se volvió ceñudo hacia Marc, diciendo:
—No entiendo...
—Quiero decir qué medios emplean para reproducirse.
El Consejero debió entender esta vez y soltó una corta risita.
—¿Piensa que nuestro adelanto tecnológico nos ha llevado a ciertas aberraciones al respecto?
Marc tragó saliva antes de responder:
—Sí.
—Tal vez nuestros métodos y costumbres no sean los mismos que los de ustedes, pero sustancialmente son idénticos.
—Me temo que no sea así.
—No lo dude. Cierto que hace algunos siglos llegamos al extremo de

concebir a todos nuestros retoños en los laboratorios. No todos los planetas de la Liga adoptaron nuestros sistemas, y a la larga tuvimos que darles la razón. La genética es algo que casi no tiene secretos para nosotros. Pero después de algunas generaciones notamos que la raza iba decayendo paulatinamente, que la inteligencia se apagaba, no avanzaba como debía.
—En nuestro planeta se intenta desde hace algún tiempo algo parecido.
—No debieran insistir en ello, Marc. Tuvimos que volver a los sistemas normales. Pero para entonces los apetitos sexuales habían sido olvidados y necesitamos de la medicina y drogas para hacerlos despertar. Los niños volvieron a nacer de madres y el peligro que estábamos bordeando desapareció por suerte.
—¿Quiere decir que entre ustedes no existe el amor? Mahdral entornó los ojos.
—Si se refiere a lo que ustedes estiman como conocimiento inicial de una persona, gustarse y luego amarse con todas las consecuencias de la pasión, celos y demás, debo decirle que entre nosotros prácticamente no existe, aunque sabemos de algunos casos aislados.
—Dígame, Mahdral. ¿María ha pasado ya su momento de procreación? ¿Ha estado unida alguna vez a un hombre?
Mahdral sonrió y pareció hacer un esfuerzo para pensar.
—Es curioso —dijo—. Si yo fuese un terrestre, teniendo en cuenta los sentimientos que suelen atormentarlos a ustedes, tal vez me hubiera preocupado por esta cuestión. La verdad es que no estoy seguro, pero creo que, debido a la edad de María, aún no ha estado unida a un hombre. Tampoco creo que espere ansiosamente ese momento.
Casi habían llegado a la sala de mandos. Allí recibirían del Supremo el permiso para visitar a la tripulación del «Star». Antes de entrar, Marc preguntó:
—Dijo que si usted fuera terrestre se preocuparía por el hecho de que María hubiese sido temporalmente desposada o no. ¿A qué se refería?
Al tiempo que indicaba a Marc donde estaba el Supremo para dirigirse a él, Mahdral dijo:
—Olvidaba que lo ignora, Marc. María y yo vamos a... desposarnos cuando regresemos a Grhalladah. Esto dicho en términos terrestres.
Mahdral le volvió la espalda al caminar y Marc crispó los puños. En aquel momento no supo identificar su sensación, pero no había duda que sentía unos celos enormes hacia Mahdral. No podía imaginarse a María en los brazos de aquel hombre, de edad indescifrable, movidos ambos por una pasión que no sentían en realidad, por unos apetitos sexuales despertados artificialmente.

Mortimer miró a Elías primero y luego a los cuatro hombres. En todos ellos vio la misma mirada de temor. Estaban tan asustados o más que él.

Habían salido del «Star» cuando comprendieron que la extraña atracción que los había obligado a detener primero su rumbo hacia los asteroides y luego hacerles retroceder a una velocidad endiablada, cesó. Pero al abrir la escotilla se encontraron con un túnel metálico inundado de una potente luz que los condujo hasta la habitación en que ahora se encontraban.

No habían visto a nadie, pero comprendían que se hallaban en algún vehículo de procedencia extrasolar.

Pudieron ver la esférica nave dorada cuando el «Star» se acercaba a ella, atraído por aquella fuerza imposible de vencer. Habían estado a punto, al principio, de hacer estallar la pila atómica, pero la fuerza impulsora no había podido conseguir vencer la trayectoria que una fuerza desmesuradamente más fuerte los conducía.

—¿Por qué me miran? —gritó Mortimer a los hombres, exasperado ante el profundo silencio que reinaba entre ellos—. Yo tampoco sé qué demonios está ocurriendo.

—Esta nave no pertenece a la Tierra —gimoteó Carreira.

Mort hizo una mueca de desprecio.

—¿Me crees tan cerdo para no figurármelo? —dijo—. Pero quienes sean que viajan en ella ya debían dar alguna señal de vida, ¿no les parece?

Después que el tubo les condujo hasta allí, éste había desaparecido misteriosamente. Elías había creído verlo por un breve instante desaparecer por la pared, pero luego la tocaron y no encontraron ninguna fisura. Tampoco hallaron ninguna puerta. Todos pensaron cómo podrían salir de allí.

—Mirad —exclamó García señalando en una dirección.

Se volvieron todos para mirar hacia allí y retrocedieron asustados al ver que un segmento de la pulimentada y resplandeciente pared parecía vibrar primero y luego esfumarse.

La sorpresa fue aún mayor cuando la persona que hasta entonces había estado detrás de ella avanzó unos pasos y pudieron identificarla.

Marc se apresuró a decir, puesto que no deseaba presenciar unas escenas que le harían perder tiempo:

—Estoy vivo. Y no piensen que esto es el infierno.

Más bien puede decirse que he resucitado. Sí, ésa es la palabra correcta. Pero tampoco nos hallamos en el Paraíso.

Los hombres palidecieron intensamente. Levistong y Lewis parecieron

ir a desmayarse. Mortimer, el más entero, se atrevió a dar unos pasos hacia Marc, hasta tocarlo con su trémula mano.
—Sí, es cierto. No es una ilusión; pero... ¿cómo? Marc sonrió complacido. Al menos se acordaría toda su vida de las seis caras de terror que estaba observando. Era una pequeña venganza la suya, una compensación por los momentos de angustia que pasó en Plutón, cuando estaba seguro que iba a morir.
—Esta nave llegó a tiempo para salvarme. Ahora sus tripulantes les ha hecho regresar a ustedes porque necesito del «Star» para volver a la Tierra:
Marc había sido advertido por el Supremo y MahdraI que apenas si podrían permanecer en el sistema Solar unas horas más y que él debía partir sin demora alguna a la Tierra. A la Armada Terrestre le quedaba poco tiempo para tomar posiciones en los sectores donde los grhalladahnos sabían que aparecerían las naves de Varvol.
Por lo tanto, Marc procuró relatar a los hombres, someramente y en pocas palabras, el peligro que corría la Tierra y las pocas esperanzas que existían de salir con vida de la terrible aventura a la que iban a enfrentarse.
Mortimer y los demás acogieron con escepticismo al principio el relato de Marc, pero luego, ante la evidencia de encontrarse en una nave extrasolar, perteneciente a una cultura miles de años más avanzada que la terrestre, tuvieron que rendirse a la realidad.
Ante la sorpresa de Marc, después que Mortimer le hubo preguntado por el aspecto físico de los grhalladahnos y contestado que eran completamente humanos, al menos externamente, éste dijo sonriente:
—Si tan grave está la situación no me importaría irme con estos tipos a su planeta. Al menos nos salvaríamos nosotros. Si tan pocas posibilidades tiene la Tierra de conjurar el peligro...
Marc sintió deseos de estrangular a Mort. Pero sabía que los grhalladahnos los estaban observando y pensó que bastante mala opinión tenían éstos ya de los terrestres para que él la empeorase.
—Es usted repugnante, Mortimer. Primero convenció a estos idiotas para cometer un crimen y ahora no duda en matar a toda la humanidad. Prefiere retirarse cobardemente antes de arriesgar su cochino pellejo en avisar a la Tierra, para que al menos intentemos salvarnos todos.
—¿No le han dicho los grhalladahnos que existe una posibilidad entre un millón de que consigamos destruir la nave insignia varvol, la-que-apaga-los-soles? —masculló Mort—. ¿Por qué debemos morir todos? Salvémonos nosotros al menos, capitán. En el «Star» tenemos una fortuna.
—Dudo que ésta sirviera de algo en Grhalladah. Ni tampoco en la Tierra, Marte o Venus será de mucha utilidad si no conseguimos

derrotar a los varvols.
Marc miró a los demás hombres. Aquel silencio no resultaba muy explícito. Lo mismo podían estar de acuerdo con las ideas de Mortimer que no. Incluso alguno de ellos podían fingir, prometerle ayuda en el manejo del «Star» para regresar a la Tierra y luego traicionarle. Sólo podía confiar un poco en García, no en los otros. De todas formas, debía darles una oportunidad, si ellos le demostraban que estaban dispuestos a colaborar. No sería agradable tenerlos que encerrar en la bodega.
—Regresaremos a la Tierra —dijo Marc con firmeza—. Partiremos en breves instantes. Solicitaré del Supremo que les permita a ustedes ver al varvol. Tal vez ante su horrible aspecto cambien de idea.
Marc retrocedió hasta la pared y ante su aproximación a ésta, la puerta quedó abierta. Mort parpadeó ante aquel prodigio y preguntó:
—¿Cómo lo consigue, capitán?
Marc sonrió. Nunca pensó que iba a cometer una equivocación al contestar:
—La constitución molecular de estas estructuras permite abrir estas puertas con sólo el pensamiento. Los grhalladahnos me han enseñado cómo hacerlo. Piensen en lo que les he dicho, muchachos. Tal vez, con una buena actuación por su parte olvide lo sucedido en Plutón.
García tragó saliva y dijo:
—¿Lo haría, capitán? Sabe, yo no estuve muy conforme en eso...
Marc le sonrió.
—Desde luego. Lo sucedido será una nimiedad comparado con lo que se nos avecina. Hasta luego. Me gustaría que cuando volviera ya hubieran decidido qué hacer.
Marc salió y la pared quedó cerrada. Mort corrió hacia ella y sus manos tropezaron con una superficie dura, impenetrable.
—Si el capitán lo hace, creo que nosotros también podremos —se volvió a los tripulantes y les preguntó—: ¿No dijo el capitán que en la sala contigua está encerrado en una jaula el varvol?
—Sí. ¿Qué pretendes ahora? —inquirió García desafiante.
Enigmáticamente, Mort respondió:
—Un medio de escapar de aquí. No será fácil, pero podemos provocar algún jaleo que mantenga a los tripulantes entretenidos.
—Mort, creo que ya hemos causado bastantes problemas —gruñó Lewis—. No salió bien tu plan. Nos quedamos sin el tesoro y podemos ser condenados por toda la vida por intento de asesinato.
—Estamos hasta el cuello, ¿no? ¿Qué más da ahora arriesgar el pellejo otro tanto? Poco podemos perder.
—Dinos qué intentas —demandó Elías, reponiéndose de su miedo.
—A su debido tiempo —sonrió Mort—. Antes debo lograr encontrar el impulso preciso para que esta condenada pared nos deje salir.

* * *

María esperaba a Marc fuera. Al fondo del pasillo, los dos soldados seguían montando guardia ante la entrada, normal y de acero, que servía de prisión al varvol.

—En sus ojos leo que no le ha ido muy bien la entrevista con sus hombres —dijo María. Al ver la extrañeza de Marc al no encontrar allí a Mahdral, explicó—: Tuvo que regresar con el Supremo.

Marc asintió.

—Me temo que tendré que hacer el viaje en solitario.

Ellos tendrán que ir encerrados.

—Vayamos a la sala del Consejo. El Supremo nos aguarda allí.

María tomó un camino que hasta entonces desconocía Marc, pero éste pensó que la nave extragaláctica era enorme y debían existir innumerables niveles y zonas que él nunca vería.

Pasaron por delante de un enorme cuadrado de cristal que Marc creyó al principio que se trataba de una gigantesca pantalla de televisión, como la que presidía en lugar preferente la sala de mando.

Pero María le aclaró:

—Es una auténtica ventana. El cristal, especial y de un grosor de cerca de medio metro, es de una seguridad total. Sólo durante un combate unas compuertas lo cierran.

Marc se acercó al cristal y miró las estrellas. Nunca se cansaba de miradas. Sabía que en algún lugar, no muy lejano ya, las fuerzas destructoras varvols se aproximaban al sistema Solar por el hiperespacio, esa dimensión que los terrestres aún no habían descubierto y que parecía ser el único medio posible para alcanzar los mundos lejanos.

—¿Acaso han tenido que luchar con otras razas en su largo periplo de exploración? —preguntó.

—Antes de topamos con los varvols —dijo María—. Se trataba de un planeta que debió de creer que nosotros éramos los varvols y nos atacaron. Tuvimos que defendemos y destruimos parte de sus flotas. Cuando pudieron darse cuenta de su error, lograron establecer contacto y la lucha cesó. Nos pidieron disculpas y nos lo contaron todo. A estas horas ya deben de haber dejado de existir esos seres.

—¿Estaban más adelantados tecnológicamente que nosotros?

—El nivel científico de aquella raza humanoide era parecido al de ustedes, Marc.

El terrestre se volvió a la grhalladahna, diciéndole:

—Hasta ahora nunca te has dirigido a mí tuteándome. ¿Por qué?

—¿Existe alguna diferencia importante en el tratamiento gramatical?

—Mucha. El tuteo significa que dos personas son viejos amigos.

—Nosotros nos conocemos apenas hace unas horas —sonrió María.

Marc contempló la agradable sonrisa de la muchacha.
Ella sonreía poco, pero ya a él le había dirigido más de una.
—Sin embargo, nos hemos besado —dijo más animado—. Y tú no pareciste estar muy disgustada entonces.
—Me sorprendiste.
—Sí. Ya me explicó Mahdral algo al respecto de vuestras costumbres. Es doloroso que el adelanto técnico lleve emparejado el olvido de uno de los más bellos dones que dispone la Humanidad.
—No te comprendo, Marc. ¿A qué te refieres?
—Al amor. Vosotros lo habéis desterrado de vuestra civilización. No sois completamente felices, estoy seguro.
—Lo somos. Nadie puede echar de menos algo que desconoce.
—Sí. Tal vez tengas razón. Pero yo puedo ayudarte a refrescar la memoria, los recuerdos que yacen en lo más profundo de tu subconsciente.
Como hiciera no hacía mucho tiempo, Marc volvió a tomar a María entre sus brazos. Esta vez no intentó sorprenderla, sino que acercó su rostro al de ella lentamente, mirándola al mismo tiempo fijamente a los ojos.
Marc temió que la muchacha se retirara, pero no lo hizo. Incluso creyó descubrir en su mirada cierta ansiedad. La besó primero con suavidad, para luego poner en el beso toda la pasión que la bella grhalladahna había despertado en su ser, estrechándola con fuerza, casi dejándola sin respiración.
María no tardó en iniciar una tímida correspondencia a la caricia. Marc notó en ella la más absoluta inexperiencia. Se preguntó si el acondicionamiento que sufrían las parejas grhalladahnas incluía también algo del arte de saber amar.
Cuando ambos se separaron, Marc preguntó:
—No te creeré si me dices que no has sentido nada.
He notado en tus labios lo que en cualquier muchacha terrestre percibiría.
María aspiró aire. Se compuso sus cabellos. Parecía confusa, como si no consiguiera darse ella misma una explicación razonable de por qué se había dejado besar por el terrestre.
—Será mejor que regresemos. El Supremo desea darte unas instrucciones antes de tu partida y ofrecerte unos regalos para las autoridades de la Tierra.
—Sí, unas cuentas de colores para deslumbramos.
—¿Qué dices?
—Nada. A veces olvido que no conoces nuestra historia. Cuando mis antepasados llegaron a un continente llamado América, regalaron a los nativos cristalitos y cosas sin valor.
Se alejaron del mirador y entraron en uno de los pasillos con cinta

deslizante.
—Estaremos en unos segundos en la sala del Consejo.
—¡Por mil cohetes! —gritó Marc. Unos grhalladahnos que iban en la cinta unos metros más atrás alzaron sus miradas asombrados—. Pienso que tú no me entenderás nunca.
—Estás muy raro, Marc.
—Es posible.
—Tal vez no estés recuperado totalmente. Deberá decide al Supremo que la máquina médica te inspeccione otra vez.
—Me encuentro muy bien, no te preocupes.
—Entonces, ¿qué te ocurre?
Marc apretó los labios. Estaban llegando ante la entrada de la sala de mando. Sólo tenía el tiempo justo para decir:
—¿Pero es que no has adivinado que te amo? Sí, parecerá estúpido, pero así es. Fuiste tú lo primero que vi cuando volví a la vida y entonces me pareciste un ángel. Ahora eres la mujer con quien siempre soñé y debo conformarme con dejarte marchar a tu estrella, a millones de años luz —sonrió con despecho y añadió—: Y no tengo la menor esperanza de despertar en tu insensible corazón el más mínimo sentimiento hacia mí. No puedo luchar contra cientos de generaciones sin amor de tu civilización.
María abrió la boca para decir algo, pero la cerró sin emitir palabra. Ya estaban ante la señal que indicaba donde se les abriría la puerta que comunicaba con la sala del Consejo. Marc se adelantó a María y fue él quien la abrió.
—Es asombroso cómo has podido aprender tan pronto —dijo María sorprendida.
—Mahdral me enseñó cómo hacerlo —sonrió Marc amargamente—. Es una lástima que a ti te cueste tanto aprender otras cosas.
Pero ya estaban dentro de la sala del Consejo y el Supremo les miraba. Junto a él, Mahdral permanecía impasible.
—Acérquese, terrestre —dijo el Supremo. Estaba junto a una mesa sobre la que descansaban unos objetos.
Marc se aproximó a la mesa y los miró curioso.
—Todo esto deseo que sea entregado a los líderes de su mundo. Si ellos dudaran de sus palabras, necesitará pruebas para convencerlos. Hemos escrito unas instrucciones en su idioma para que las comprendan. Hay una grabadora-visora que les explicará todo cuanto sabemos de los varvols, el punto exacto donde aparecerá en este sistema y cómo deben intentar destruir su nave insignia. También lleva una pistola de energía y planos para dar una mayor aceleración a sus proyectiles atómicos de combate. Existen otras cosas, como medicinas que los médicos terrestres agradecerán.
Marc asintió en silencio. No tenía el menor deseo de hablar. El

momento de su partida estaba próximo y pronto dejaría de ver para siempre a María.
—Dígame cómo le ha ido su entrevista con los tripulantes —pidió el Supremo—. ¿Le ayudarán a manejar su nave?
—No puedo confiar en ellos —respondió Marc distraído—. Tendré que encerrarlos en la bodega, junto con las riquezas por las que me quisieron matar.
—Bien. Eso no será un problema. Usted apenas necesitará de ellos para llevar su nave. Nuestro rayo impulsor le dejará en órbita lunar.
—¿Cuándo es la partida?
—Ya puede ser. Diré que conduzcan a los hombres a su nave y los encierren en donde usted dijo. ¿De acuerdo?
Un grhalladahno se acercó y colocó los objetos en una caja metálica que flotó en el aire. Entonces unos siseos se escucharon en la sala. Marc comprendió que alguien, desde algún punto de la nave, estaba transmitiendo al Supremo un mensaje. Marc vio la cara de asombro primero en el Supremo y luego una rabia infinita.
Dirigiéndose a Marc, el Supremo le dijo iracundo:
—Sus hombres han intentado escapar, Marc. Al parecer encontraron la onda mental adecuada para abrir las paredes. Pero cometieron el grave error de entrar en la sala-prisión del varvol.
—Esos estúpidos se habrán llevado un buen susto al verlo —dijo Marc —. Me alegro. Se lo merecían.
—No se alegre. La visión de la jaula estaba opacada y no sabían lo que había dentro. Creo que dieron con el abridor manual y el varvol escapó.

7

Llegaron hasta la puerta de acero que cerraba la entrada a la sala-prisión del varvol. Hasta una docena de hombres armados con relucientes corazas de metal negro estaban apostados ante ella y armados con artilugios desconocidos para Marc, pero tremendamente amenazadores de aspecto.
El Supremo preguntó al oficial de guardia al mando del destacamento por la situación.
—Podemos ver lo que ocurre ahí dentro, Supremo —respondió el oficial. Hizo una señal a uno de sus hombres, que se acercó portando un rectángulo metálico que flotaba a unos treinta centímetros del suelo.
Era una pantalla visora. Después de unos ajustes, el oficial consiguió fijar la imagen y todos pudieron ver lo que sucedía al otro lado del muro de acero.
—Los terrestres no acertaron a encontrar la abertura que conduce al

pasillo y sí la que les ha llevado hasta donde está el varvol —explicó el oficial.
Marc miró a la pantalla y cerró rápidamente los ojos. Reprimiendo su horror, los abrió y vio que el varvol, fuera de su jaula, tenía aprisionado entre sus tentáculos a uno de los terrestres. Lo identificó como a Mortimer. Ya estaba muerto. Su cuerpo aparecía fláccido, como si careciese de huesos, y la piel terriblemente grisácea.
Los demás tripulantes estaban apretujados contra un rincón de la estancia, temblando de miedo. Parecían estar a punto de desmayarse. Marc vio que movían todos la boca. Aunque no les llegaba el sonido, era indudable que pedían socorro.
—¿Qué hace el varvol? —preguntó Marc a María y mirando por encima del hombro del Supremo la pantalla—. ¿Es carnívoro?
—No. Sólo le interesa el calcio. Con sus tentáculos puede absorberlo en pocos minutos —respondió la muchacha—. Mira el suelo.
Marc observó que el suelo que rodeaba al varvol estaba impregnado de una sustancia sucia y pegajosa.
—Al tiempo que absorbe el calcio de ese terrestre, expulsa los componentes impuros de los huesos. Lo realiza por varios de sus tentáculos. Esa masa viscosa es terriblemente venenosa. ¿Comprendes ahora por qué es imposible un entendimiento con esa raza?
El terrestre asintió. Apartó la vista de la pantalla.
El varvol seguía distraído con los restos de Mortimer. Pronto se dirigiría hacia los demás si antes no hacían algo para impedirlo.
—¿Es que no piensan actuar? —gritó Marc.
Los grhalladhanos se volvie.ron para mirarle con gesto huraño.
Mahdral respondió de mal talante:
—Sus compañeros, terrestre, se lo han buscado. No debieron intentar huir.
—Ellos ignoraban que el varvol pudiera ser tan peligroso.
El Consejero negó con la cabeza.
—No sea tan necio. Ellos lo liberaron con el propósito de crear dificultades y conseguir huir. Se lo tienen merecido.
—No es justo —mascculló Marc, tomando al Consejero por la pechera de su metalizado vestido—. No pueden consentir que mis compañeros mueran a manos de esa cosa repugnante.
Mahdral le miró irónico.
—A ustedes no hay quien les entienda —dijo—. ¿Se interesa por ellos cuando quisieron matarle en aquel planeta?
Dos soldados tornaron a Marc por los brazos y le apartaron de Mahdral.
—Es distinto. Su acción no les hace merecedores a que mueran de forma tan horrible.

El Supremo se abrió paso y, enfrentándose con Marc, dijo:
—La verdad es que nada podemos hacer, terrestre.
Tuvimos mucho trabajo para poder coger prisionero a ese varvol. Ahora sólo conseguiremos reducirlo si inyectamos en la sala un gas que lo adormecerá.
—¿Qué esperan? El varvol se lanzará de un momento a otro contra esos desdichados.
—Lo están preparando. Pero existe el inconveniente de que ese tipo de gas es el único que puede dormir al varvol y al mismo tiempo es mortal para el ser humano. No existe remedio para salvar a quien lo aspira, aunque sean unos segundos.
—Pero de todas formas morirán...
—Sí, pero les evitaremos sufrimientos —añadió Mahdral—. Es mejor morir así que entre los tentáculos del varvol.
Marc miró atónito a los grhalladhanos. No quería dar crédito a lo que estaba escuchando.
—Tiene que existir otra solución. Alguien puede entrar ahí y matar al varvol con una de esas armas. Es lo más sencillo.
El Supremo se sonrió.
—Desconoce por entero las posibilidades del varvol.
Puede proyectar con violencia contra una persona, a través de los tentáculos, sus excrementos y destruirla —señaló el equipo militar de los soldados, añadiendo—: Estas corazas apenas resisten ese fuerte ácido. Comprenderá que no puedo exigir a uno de estos hombres que se arriesgue para salvar a unos... seres de otro planeta cuando las posibilidades de éxito son mínimas. Considero que el porcentaje de salir airoso se reduce a...
—¡Al diablo con sus probabilidades y estadísticas!... —gritó Marc—. ¿Es que ha desaparecido el valor entre ustedes?
Serenándose, viendo cómo el varvol parecía estar terminando de dar buena cuenta del pobre Mortimer, Marc dijo:
—Yo entraré. Denme una de esas armas y dígame dónde tengo que apretar para matar a esa fiera —les miró a todos de hito en hito—. A menos que prefieran conservar viva esa pesadilla a cambio de la vida de cinco seres humanos.
Mahdral dirigió una mirada interrogadora al Supremo.
La máxima autoridad de la nave parpadeó. Quizá en toda su vida de dirigente se había encontrado ante semejante situación pocas veces y necesitaba algún tiempo para decidir. Dijo:
—Usted debe regresar con los suyos para advertirles...
—Ahora cuentan esos hombres. Además, pocas posibilidades son las que tendremos de salir victoriosos contra los varvols. ¿O es que, tampoco entra en sus condenados cálculos que yo muera antes de avisar a los míos, para que éstos distraigan a los varvols en su

beneficio? Me parece que ustedes, pese a su avanzada tecnología, carecen de muchas otras cosas que a nosotros nos sobran. ¡Denme un arma!
—Está bien —asintió el Supremo—. Pero debemos darle las mayores garantías posibles de salvación.
Hizo una indicación al oficial. Uno de los soldados se despojó de su armadura y otros dos ayudaron a Marc a colocársela, mientras Mahdral le tendía una de las armas y le explicaba:
—Sólo tiene que apretar esa hendidura que ve aquí.
Mientras la oprima, por el cañón saldrá un haz de energía del grueso de un cabello. Debe apuntar al centro del cuerpo del varvol, que es donde tiene su cerebro. Procure no tocarlo con las manos. Todo él está impregnado de excrementos y un contacto prolongado destruiría la coraza primero y luego a usted.
Marc se detuvo sólo unos segundos para mirar a María. La muchacha estaba preocupada. Aquello complació a Marc. Y todavía más al descubrir en los bellos ojos de la muchacha un silencioso deseo de que saliera con bien de la descabellada empresa.
Los soldados abrieron la puerta de acero y Marc escuchó que Mahdral le gritaba:
—¡Adentro! Cerraremos en seguida la puerta.
Marc no vaciló y franqueó el umbral. Rápidamente, la puerta se cerró tras él.
El Supremo volvió su atención a la pantalla. En ella podían ver cómo Marc, empuñando el arma, se enfrentaba al varvol.
—Decididamente, no comprendo a estos seres —dijo el Supremo—. Si los registros que efectuamos en la mente del llamado Marc Alevin no nos hubieran indicado que estaba sana, creería que está loco. ¿Por qué arriesgarse cuando lo más seguro es que el varvol le mate?
María le miró. Con aplomo, respondió:
—Quizá yo soy la única persona entre nosotros que empieza a comprender los sentimientos del terrestre.
El Supremo estuvo tentado de ordenarle que aclarase las palabras, pero lo que sucedía en la sala-prisión del varvol requería ahora la máxima atención.
Marc nunca se sintió poseído de un pánico semejante en su vida, como el que estaba experimentando entonces. Ni incluso cuando creyó morir abandonado en Plutón había estado tan asustado.
La visión del varvol era horripilante, capaz de enloquecer a un ser humano. Notó que el monstruo había descubierto su presencia en la sala y los húmedos tentáculos dejaron caer al suelo impregnado de excrementos lo que quedaba de Mortimer.
Marc aprestó el arma. Al fondo, sus hombres se movieron del rincón. En sus ojos volvía a brillar la esperanza.

El varvol avanzó deslizándose hacia Marc, el cual retrocedió vivamente al ver que había estado a punto de poner su pie derecho sobre la masa gelatinosa que despedía el monstruo y que iba cubriendo el suelo.
El engendro extragaláctico se movió con una rapidez tan grande que estuvo a punto de sorprender a Marc. Uno de los tentáculos restalló en el aire, a menos de diez centímetros de la cabeza del terrestre. Unas gotas negruzcas cayeron sobre el brazo cubierto de metal negro y Marc vio con horror cómo éste burbujeaba. Pero por fortuna no llegó a tomar contacto con su piel.
Marc esquivó como pudo la serie de latigazos tentaculares del varvol. No podía quedarse quieto un segundo para apuntar. Su espalda tocó el muro y corrió para salir de aquella encerrona. Patinando sobre el pulposo cuerpo, el monstruo le persiguió.
Marc comprendió que su error había sido suponer que el varvol, debido a su aspecto de pesadilla, era un ser irracional y no un representante de una raza más avanzada que la suya misma, y que además contaba con unos elementos de destrucción naturales infinitamente superiores.
Todo esto lo comprendió cuando comprobó que no podía salir del rincón de la habitación, frente adonde los tripulantes gimoteaban de miedo y ansiaban que él saliera triunfante.
El varvol empujaba al humano hasta el sitio que a él le convenía para destruirlo. Marc sudó y decidió que había llegado el momento de jugarse el todo por el todo.
El monstruo avanzaba hacia él extendiendo cuanto podía sus pringosos tentáculos para evitar la huida. Marc se dejó caer al suelo y rodó unos metros. Escuchó el inhumano aullido de frustración lanzado por el varvol, que giraba sobre su grasienta masa corporal para dirigirse contra él de nuevo.
Entonces Marc apretó el disparador en el preciso instante en que los tentáculos le dejaron ver un espacio suficiente para dirigir contra él el disparo de su arma, en donde suponía que tenía el cerebro.
Pulsó el disparador durante varios segundos, mirando con horror cómo el varvol no se detenía en su marcha y apenas estaba a dos metros. Los tentáculos cruzaban el aire delante de su rostro amenazadoramente.
Marc creyó llegado el fin y cerró los ojos. Los abrió cuando escuchó un seco ruido. Vio al varvol caer pesadamente a sus pies.
Se levantó. Estaba agotado, con los nervios destrozados. Los tripulantes se acercaron a él lentamente, como si temieran que la endiablada criatura pudiera levantarse y atacarles.
García se puso delante de él, pero sin atreverse a mirarle a los ojos.
—No sabemos cómo darle las gracias, capitán. ¿Por qué lo hizo?

Marc les miró primero con ira, pero se sentía tan cansado que no encontró energías para gritarles que estaba harto de ellos y que de buena gana hubiera dejado que el varvol acabara con todos.
—Al parecer era mi obligación; no la de esos hombres. Vamos.
Le siguieron hasta la puerta de acero, que ya se había abierto para ellos. Marc se dejó despojar de la armadura por los soldados. Dijo al Supremo:
—Creo que ya tengo tripulación.
—¿Confiará en ellos? —preguntó recelosamente el Supremo, mientras miraba a los tripulantes.
—Sí.
—Puede volver a equivocarse.
—No, esta vez ya no me equivocaré.
García se apresuró a decir:
—Haremos lo que usted nos ordene, capitán. Puede fiarse de nosotros.
—Sí, demonios —apostilló Carreira—. Y quien vuelva a decir otra tontería se las entenderá conmigo.
El Supremo sonrió.
—Sorprendente... —dijo—. A mi regreso a Grhalladah tendré oportunidad de asombrar a mis compatriotas relatándoles esta aventura. En ella me he topado con una de las más singulares razas del Cosmos.
Marc no respondió. Sus ojos se posaron en los de María, que estaba a su lado. Sintió la mano de la muchacha y la suya la estrechó con fuerza. Nadie se percató de aquello y Marc notó que su cansancio desaparecía.
—Su nave está lista, Marc Alevin —dijo el Supremo—.
Le recomiendo que parta cuanto antes.
—Sí, lo haré. —Se volvió a sus hombres, preguntándoles—: ¿Y ustedes? Sepan que tenemos una importante misión que cumplir. De nosotros dependerá que la Tierra y los demás planetas se apresten a la defensa.
Los cinco tripulantes asintieron en silencio.

* * *

Desde la compuerta, Elías hizo una señal a Marc para indicarle que todo estaba dispuesto para la partida.
El terrestre se volvió hacia el comité de despedida, formado por todo el Consejo de la nave grhalladahna y María.
Marc tragó saliva y, dirigiéndose al Supremo, dijo:
—Señor, por el simple hecho de haberme salvado la vida debo estarle agradecido, pero la suerte de todos mis compatriotas me obliga a censurarle su proceder. Ignoro el grado de disciplina a que las naves

grhalladhanas están sometidas, pero estoy seguro que un capitán del espacio de la Tierra no dudaría en faltar a las órdenes superiores por intentar ayudar a una raza que encontrase en su ruta y precisase ayuda.
Frunciendo el entrecejo, el Supremo inquirió:
—¿Qué insinúa?
—Estoy convencido que esta nave podría vencer a la varvol que lleva el arma-que-apaga-los-soles. Con la ayuda de la Armada Terrestre podría intentarlo.
El silencio se hizo tenso en el hangar. Los Consejeros miraban a su jefe, asombrados ante la audacia del terrestre al dirigirse con tanto atrevimiento al primer mandatario de la nave.
—¿Eso haría usted en mi lugar? —preguntó el Supremo.
—Sí, puede estar seguro. ¿No me cree?
—Si no hubiera arriesgado usted su vida por salvar la de unos hombres que no merecían tal acción, no. Ahora debo creerlo.
Marc sabía que estaba jugando su última baza. Tenía pocas esperanzas de alcanzar su objetivo, pero debía intentarlo.
—¿Qué hará usted entonces? —preguntó.
—Lo siento. Debo regresar a los mundos de la Liga. Es el procedimiento correcto en este caso.
—Gracias de todas formas, Supremo —dijo Marc, secamente.
—Usted sí puede salvarse si lo desea, Marc —ofreció el Supremo.
Marc temió que éste hubiera adivinado sus sentimientos hacia la Coordinadora y tal vez incluso intuía que los de la muchacha hacia el terrestre eran similares, algo poco corriente entre las mujeres de su raza, pero que algunas veces sucedía. O tal vez estaba sometiéndole a una extraña prueba final.
El Supremo añadió:
—Le ofrezco venirse a Grhalladah con nosotros. Sus hombres pueden regresar a la Tierra.
Marc sintió sobre sí la mirada de María, esperando de él una respuesta afirmativa. Sin dejar de mirarla, dijo:
—No puedo aceptar. Debo avisar a mis compatriotas.
—Recuerde que las posibilidades de vencer a los varvols son casi inexistentes —dijo el Supremo—. Su sacrificio será estéril.
—Debemos jugar esa probabilidad entre un millón —replicó Marc entre dientes. A María, le dijo—: Adiós. Siento tener que despedirme de ti diciéndote adiós, pero es la realidad. Nos hemos conocido pocas horas, pero las suficientes para que me haya enamorado de ti como un colegial. Quizá tú comiences a sentir hacia mí algo parecido. Estando a mi lado hubieras experimentado sensaciones inéditas en casi todas las mujeres de tu pueblo. Lo siento por nosotros dos.
—Marc... —empezó a decir la muchacha; pero calló al no saber qué

más decir.
—Déjalo. Pronto millones de años luz nos separarán —sonrió Marc con tristeza—. Nunca unos enamorados se sintieron tan alejados el uno del otro como nosotros lo estaremos.
Marc tomó las manos de María y las besó. Luego dio media vuelta y corrió hacia el «Star», cerrando tras sí la compuerta sin querer dirigir una última mirada a la muchacha.
El Supremo indicó a los miembros del Consejo y a María que se retirasen del hangar, diciendo:
—En conjunto es notable esa raza predestinada a morir bajo el poder destructor y loco de los varvols. ¡Lástima que sea así!
Minutos después, la gran esclusa del hangar, cuando el aire se hubo retirado, se abrió y Marc recibió la señal luminosa que le permitía encender los motores.
Siguiendo las instrucciones recibidas, situó su nave a unos centenares de metros de la grhalladahna y esperó.
El y sus hombres sintieron la vibración que sufrió el «Star» al recibir el rayo impulsor. Conectando la pantalla de popa, Marc vio desaparecer en segundos la esférica nave dorada de la Liga.
A la velocidad que viajaban, en pocas horas estarían en órbita lunar.
Marc cerró los ojos. Ahora tenía que enfrentarse con lo peor.
Iba a comenzar la lucha a muerte contra los varvols.

8

El Almirante Toho miró a sus comandantes de navío, uno por uno. Había terminado de darles las últimas instrucciones. Ahora sólo podía decirles:
—Caballeros, les deseo suerte; la necesitarán.
Los comandantes saludaron y salieron de la sala de reuniones.
Marc se dirigió a la salida, pero la voz del Almirante le detuvo.
—Un momento, comandante Alevin. Deseo hablarle a solas.
Marc esperó a que el último de sus compañeros saliera y entonces se acercó a la mesa. Detrás de ésta, el Almirante Toho parecía insignificante dentro de su armadura de guerra. Su pequeño cráneo parecía ridículo al girar en el interior del círculo metálico que debía soportar el casco espacial.
—Dentro de unos instantes vamos a enfrentamos con la triste realidad, Marc. Seguramente no volveremos a vemos y deseo pedirle disculpas antes que usted salga de esta nave para reintegrarse al mando de su crucero.
—¿Disculpas, señor? —preguntó Marc, sorprendido.
—Sí. Cuando usted llegó a la Tierra" con las funestas noticias, yo fui el primero en no darle crédito. Necesité ver las maravillas que los

grhalladahnos le dieron. Sólo cuando vi el funcionamiento de esas pequeñas máquinas maravillosas pensé que usted decía la verdad, que había convivido con seres más adelantados que nosotros, y que la amenaza que se cierne sobre nosotros es tristemente cierta. Le ruego que me perdone, comandante.

—No, Almirante. No es preciso. Yo, en su lugar, hubiera obrado con idéntica incredulidad. Todo es demasiado fantástico.

—Dígame, comandante, ¿por qué insistió usted tanto en llevar a la nave que se le asignó a sus antiguos tripulantes?

—Ellos me lo pidieron.

Toho sonrió con cierta amargura.

—Es curioso. Encontraron el fabuloso tesoro del «Aurora» que les hubiera hecho ricos para toda la vida cuando quizá las riquezas no sirvan para nada en estos planetas dentro de unas horas. ¿Pensaron eso usted y los demás cuando se ofrecieron voluntarios para combatir a los varvols?

Marc necesitó unos instantes para responder:

—Es difícil explicar lo que uno siente en estos momentos.

—Lástima que uno de sus compañeros muriera a manos del varvol prisionero de los grhalladahnos cuando éste escapó. Los hombres de la Liga debieron agradecerles sin duda que usted matara a ese monstruo. Ojalá la Tierra tenga oportunidad de recompensarles como se merecen.

—Estoy seguro que mis hombres sólo se limitan a cumplir con su deber, al igual que yo.

—Puede retirarse, comandante —dijo Toho, levantándose y estrechándole la mano—. Celebro haberle conocido. Será para mí un honor que me considere su amigo.

—El honor lo es para mí que usted desee serlo, señor. Marc saludó y salió. En el pasillo le esperaba Elías, que le entregó el casco espacial. Preguntó mientras se dirigían a la esclusa:

—¿Por qué le retuvo el Almirante, señor?

—Quiso darme las gracias. Y a ustedes también.

—¿A nosotros? ¿Por qué?

—Para él somos unos héroes —masculló Marc.

Elías no respondió. El sabía que Marc había ocultado parte de la verdad de lo sucedido desde que encontraron el tesoro del «Aurora» en Plutón. Todo lo referente al intento de asesinato y robo no era conocido por las autoridades terrestres.

Marc había silenciado los hechos criminales y hasta el momento no estaba arrepentido de su proceder. Mortimer había sido el máximo culpable, el instigador, y ya había pagado sus culpas bajo las repelentes garras tentaculares del varvol.

En el compartimiento estanco se colocaron los cascos y salieron al

espacio, abordando una falúa que en unos minutos les llevó hasta el crucero «Orión», al mando de Marc.
La Armada Terrestre estaba situada a pocos centenares de millas del punto, indicado por los grhalladahnos, que tomarían los varvols para emerger del hiperespacio.
Según los planes, los terrestres apenas tendrían unos minutos para dirigir contra las naves varvols sus proyectiles atómicos si querían triunfar.
Si durante la primera andanada la nave insignia no resultaba destruida, todo el plan se vendría abajo. Los varvols sólo precisaban de unos minutos para disponer su arma-que-apaga-los-soles y dispararla contra el Sol. Luego, después de esto, sería inútil luchar, intentar vengar la muerte del sistema planetario. Los varvols huirían en pocos segundos, una vez cumplida su misión.
Llegaron al crucero «Orión» y Marc se dirigió a la cabina de mando. Allí estaba Carreira, que hacía las funciones de lugarteniente. Marc había logrado acoplar a los cinco antiguos tripulantes del «Star» en diversos puestos de confianza.
Carreira fue en tiempos un buen oficial de la Armada y lo destinó a aquel puesto de responsabilidad. El resto de la dotación eran militares y civiles, reunidos apresuradamente.
La Tierra había realizado un gran esfuerzo al reunir una potente flota espacial. Al principio nadie creía que en poco más de una semana, mil naves, la mayoría de ellas de tipo comercial armadas apresuradamente, pudieran encontrarse dispuestas para luchar contra la amenaza varvol.
Pero se había hecho.
Mil naves de todo tipo y edad aguardaban al enemigo.
No se había podido ser muy escrupuloso en la elección de las tripulaciones. Se tuvo que echar mano de pilotos y navegadores civiles para poder ponerlas en el espacio. Todos los capitanes del espacio que se pudieron encontrar se militarizaron.
La Tierra apenas si contaba con un par de cientos de cruceros y otras naves ligeras de combate. La guerra en el espacio era algo casi desconocido por la Humanidad. Si hasta entonces todo el mundo se congratulaba por carecer de antecedentes al respecto, ahora nadie se jactaba de ello.
Las armas que poseía la Armada Terrestre, sólo habían sido probadas a título experimental. Nada se sabía de su efecto en un combate real y mucho menos ante un enemigo poseedor de una mayor técnica.
Carreira presentó a Marc los datos con la situación del crucero. Todo estaba dispuesto para el combate.
Marc desplegó un mapa estelar. Mil puntitos rojos señalaban la posición de las naves, que formaban un semicírculo que intentaría

encerrar con su fuego a la flota enemiga cuando ésta hiciera su aparición.
—Recibiremos la orden del almirante Toho de disparar. Lanzaremos primeramente, como está previsto, diez proyectiles de cinco megatones, calculados para hacer explosión en un área no mayor de dos millones de kilómetros cúbicos.
—¿Qué se sabe de la resistencia de las naves enemigas para soportar las explosiones nucleares? —preguntó Carreira.
Marc torció el gesto.
—Apenas nada —replicó—. Ni los grhalladahnos pudieron informamos detalladamente al respecto. Al parecer usan escudo de fuerza. Si los hombres de la Liga hubieran sabido que son vulnerables, creo que se hubieran decidido a quedarse para ayudamos.
—Debieron hacerlo, los muy perros —gruñó Carreira.
—No los culpe. No son como nosotros; no pueden pensar igual. Ellos creían decentemente que obraban bien. Pero dejemos esto, que ya no tiene remedio. Ocupémonos ahora de la batalla.
Se había calculado, según los informes suministrados por los registros de los grhalladahnos, que los varvols harían su aparición dentro de una hora. Algunas naves aún marchaban a tomar sus posiciones. Pero para entonces ya todo estaría dispuesto.
—Si de la primera andanada no logramos destruir la nave portadora del arma-que-apaga-los-soles, entonces pasaremos a la segunda fase del plan. Cada unidad deberá actuar por su cuenta, intentar cubrir el objetivo principal: eliminar a la nave insignia varvol. Luego, que Dios se apiade de todos nosotros.
—Será difícil que escapen de la primera andanada, señor. Más de cincuenta mil megatones desencadenarán su poder destructor en un área relativamente pequeña. No quedará un metro cuadrado por cubrir.
—Pero debemos tener en cuenta que muchos torpedos no estallarán, otros variarán su rumbo y la mayoría tal vez colisionen con otros muchos antes de llegar al área elegida. Además, cabe la posibilidad de que la coraza de las naves varvols resista una explosión atómica que ocurra a relativa distancia.
Carreira frunció el ceño.
—Vamos, que será una suerte si logramos arañarlos al menos.
Marc asintió.
—Más o menos. Los grhalladahnos tenían muy pocas esperanzas de que nosotros logremos salir victoriosos.
—Pero al menos se intentará, ¿no, comandante?
—Sí, por nosotros no quedará. Me pregunto si...
—¿Qué, comandante?
—Nada. Me gustaría saber si la nave de Grhalladah ha llegado ya a

su planeta. Es seguro que sí.
Carreira le miró extrañado. Notaba algo raro en su jefe. Se dijo que era lógico que le encontrase algo diferente cuando estaban a punto de entrar en la batalla más decisiva de la historia de la Humanidad. Preguntó:
—¿Puedo retirarme? Quisiera revistar las salas de proyectiles cuanto antes. Regresaré en seguida, señor.
Con ellos estaban en la sala tres hombres, encargados de las comunicaciones interiores y de establecer contacto con la nave del Almirante Toho. Marc agradeció a Carreira que le dejara prácticamente solo. Los demás hombres estaban al fondo de la cabina y no le interrumpirían en sus pensamientos.
Pensó en María. Pensaba mucho en ella. En realidad, ni un minuto había dejado de rememorar la bella imagen de la muchacha, su encantador rostro y el agradable calor de los labios que él besó en dos ocasiones.
Le hubiera gustado saber si ella había pensado en él alguna vez desde que se alejó del sistema rumbo a su lejana patria.
Se dijo que era un estúpido. María pertenecía a una raza muy superior a la suya, tal vez con otra clase de defectos, pero infinitamente más avanzada, tan distante de la que él pertenecía como ellos lo estaban de los bosquimanos que aún vivían en la Tierra. Pensó que él nunca llegaría a casarse con una salvaje, más cercana a los simios que a los humanos, sucia y maloliente. Entonces, ¿por qué razón María tenía que hacerle caso a él?
En seguida trató de corregirse. La comparación era demasiado desorbitada. El hombre posee ciertas escalas culturales que una vez superadas las más inferiores, la diferencia con las restantes superiores no son tan ostensibles.
Marc se dijo que él no olía como un bosquimano y sus pensamientos espirituales podían estar al nivel de los compatriotas de María. Recordó con amargura que los grhalladahnos, a cambio de haber logrado una técnica envidiable y haber alcanzado las estrellas, habían perdido algo maravilloso, casi irremplazable por otras sensaciones más o menos exóticas: el amor.
En tal aspecto eran unos desdichados. Quizá la Humanidad, pese a la prevención que le hiciera el Supremo para que no cayeran en la tentación de desterrar el amor, irrecuperable luego, cometieron el mismo error.
Marc sacó un cigarrillo y se lo llevó a los labios.
Miró los gráficos de situación. Su crucero permanecía en el sitio establecido previamente. Era uno de los primeros en línea. Sus proyectiles llegarían antes que otros a las naves de Varvol. Ojalá fueran éstos los que acertaran, los que conjuraran el peligro. Si

lograban vencer a los varvols, entonces los grhalladahnos, cansados de esperarlos en sus mundos, regresarían a la Tierra para averiguar qué había pasado. Y tal vez con ellos retornaría María. Y tal vez...
Marc movió la cabeza. Consultó su reloj. Se asombró al ver que había pasado cerca de una hora. Ni se había dado cuenta que Carreira había regresado. Estaba sentado en el otro sillón, a su lado, y Marc vio que le miraba de vez en cuando de soslayo, con una mirada de preocupación, tal vez motivada por la actitud anormal de su jefe.
Aún tenía el cigarrillo apagado en la comisura de sus labios. Sonriendo, Marc fue a encenderlo cuando las luces rojas de alarma se encendieron.
La voz del Almirante Toho conmocionó a todos cuando dijo, trémulo de nerviosismo:
—Ha sido detectada la primera nave varvol. Apareció en el punto previsto. En cualquier momento pueden surgir las demás. Estén atentos a mi voz. No demoren el disparo de los proyectiles.
Carreira pulsó la sirena de zafarrancho. El momento había llegado, mucho antes de lo que todos pensaban.

9

Los instantes eran cruciales.
Marc podía suponer, sin lugar a equivocarse, que los nervios de los cien mil hombres que tripulaban las naves de la Armada estaban a flor de piel, a punto de estallar.
Tomó el micrófono a través del cual tenía que dar la orden de fuego a los servidores de los proyectiles cuando él recibiese el aviso del Almirante Toho. Después de aquello, cada unidad combatiente tendría plena libertad para actuar según el criterio de su comandante, a no ser que desde la nave insignia se ordenase lo contrario.
Marc tomó el telescopio y lo enfocó hacia el lugar fijado. Efectivamente, un puntito resplandeciente al sol había aparecido, como surgido de la nada.
Apenas tuvo Marc oportunidad de estudiarlo cuando docenas de otros puntos se unieron al primero, formando una constelación luminosa. Y en medio de tal, un punto mayor que los demás, atrajo su atención.
Como un estallido en su cerebro, la voz del Almirante Toho tronó en la estancia, gritando:
—¡Fuego!
Marc repitió la orden por el micrófono. Y esperó. De las mil naves, los proyectiles atómicos partieron relampagueantes. De haber existido aire, el ruido hubiera sido atronador.
Eran diez mil mensajeros de muerte los que volaban contra el núcleo de naves varvols, diez mil esperanzas terrestres. Diez mil ruegos y

plegarias pronunciadas en mil credos.
—Atención, sala de máquinas; pongan en funcionamiento todas las toberas. Tomen el rumbo prefijado —dijo Marc por el micrófono.
Tenían instrucciones de mover las naves tan pronto partieran los primeros proyectiles contra el enemigo. Entonces debían acercarse lo más posible a éstos, marchar detrás de las bombas nucleares, tomar nuevas posiciones para el caso que el ataque no tuviese el éxito deseado. A partir de entonces, la iniciativa de cada comandante de unidad sería primordial.
Los proyectiles necesitaron cerca de cinco minutos en recorrer los cincuenta mil kilómetros que los separaban de los varvols. Eran mucho más veloces que las naves, de un nuevo diseño al que se había acoplado unos propulsores de reciente invención.
—Cuatro minutos para la toma de contacto —anunció Carreira.
Marc sintió las respiraciones entrecortadas de los hombres que estaban con él en la sala de mando.
—Avante —dijo a los servidores de la sala de máquinas, como aún se la seguía llamando en homenaje a los viejos tiempos.
Casi al mismo tiempo las mil naves se pusieron en movimiento, rodeando al enemigo.
Marc echó otra mirada por el telescopio. Los varvols seguían manteniendo sus posiciones. Los grhalladahnos les habían asegurado que una salida del hiperespacio requería un posterior lapso de inmovilidad para reacondicionar el mecanismo interno.
Las fuerzas espaciales terrestres parecían no haber perdido el tiempo y todo indicaba que se sorprendería al enemigo.
—Tres minutos —anunciaba Carreira.
Pero los varvols podían moverse por el espacio normal a una velocidad aún mayor que la de los proyectiles y burlarse de ellos. Pero los terrestres, guiados únicamente por sus propios conocimientos, habían ideado un plan en el que tenían depositada su esperanza. Los proyectiles carecían de componentes metálicos. Todas sus partes vitales habían sido sustituidas por el vidrio, cerámica y madera.
Si los varvols basaban su sistema de detección en la localización de metales, no se darían cuenta de lo que se les venía encima hasta que ya fuera demasiado tarde.
—Dos minutos —dijo Carreira en un hilo de voz. Ciento veinte segundos quedaban para que los proyectiles más avanzados llegaran al punto donde debían hacer explosión. Luego, en una cadena interrumpida, los demás seguirían el mismo camino.
Marc se asombró al comprobar lo rápidamente que parecía transcurrir el tiempo cuando tantas cosas trascendentales dependían de él.
—Contacto —esta vez apenas se pudo escuchar la voz de Carreira.
Inmediatamente, Marc vio por el telescopio encenderse en el negro

espacio un ramillete de fuego multicolor.
Se mordió los labios. Los proyectiles estallaban a corta distancia de las primeras naves varvols, pero demasiado alejados para producir un efecto concluyente en la nave capitana.
En una sucesión interrumpida, los demás fueron explotando. Marc aumentó la potencia de las lentes y sintió la efímera alegría de ver cómo varias naves enemigas se consumían dentro de la hoguera atómica.
Entonces ocurrió lo que tanto habían estado temiendo todos.
Como una sola, las demás naves se pusieron en movimiento al unísono y se alejaron del punto fatídico para ellas de reunión de los proyectiles.
—Aumenten la potencia de los tubos —gritó Marc por el micrófono—. Vamos a por ellos. Sala de proyectiles, dispongan otra andanada.
Cual una jauría de perros rabiosos y desesperados, las naves terrestres se lanzaron contra los varvols. Los últimos proyectiles estallaban inofensivamente, consumiéndose los pequeños restos de esperanza de los hombres de la Tierra.
Carreira se volvió para decir a su comandante:
—Todo se ha acabado.
—No todo aún —masculló Marc—. Aún tienen que destruimos a nosotros primero esos monstruos, para que puedan aniquilar nuestro Sol.
Entonces comenzó la verdadera batalla.
Las naves varvols, de aspecto opaco y arácnido, se movieron, empero, grácilmente en el espacio, envolviendo a la de mayor tamaño, la capitana, dispuestas a defenderla, a darle el tiempo preciso para que dispusiera su arma-que-apaga-los-soles.
La defensa que iban a disponer iba a suponer el primer aviso a los terrestres de que lo que iba a suceder iba a ser un duro camino, un amargo recorrer por el ensangrentado trayecto que los varvols les estaban preparando.
Las naves terrestres empezaron a sufrir las primeras bajas. De los aparatos varvols surgieron haces delgados de potente luminosidad que al chocar contra el fuselaje de los cruceros de la Tierra los doblaron y derritieron como si fueran de mantequilla.
Marc vio el comienzo de lo que él intuía el desastre a través de su telescopio. Pese al acondicionamiento de la nave, estaba sudando copiosamente. Los servidores del radar trabajaban como desesperados intentando establecer una cadencia de la deriva de las naves enemigas para suministrar los datos a la sala de proyectiles.
—Fuego cinco proyectiles —ordenó Marc después de recibir asentimiento del jefe de radar a su silenciosa pregunta.
Lo que había comenzado como una batalla disponiendo cada bando

de un sector delimitado para sus unidades, se tornó en algo caótico. Las naves terrestres fueron las primeras en perder sus compactas líneas. Se lanzaban como cegadas contra el enemigo, disparando sus proyectiles que, en su mayoría, se perdían en el espacio.
Marc comprendió el estado de ánimo de las tripulaciones. Todos sabían que no solamente luchaban contra los varvols, sino contra el tiempo, que estaba a favor del enemigo.
Cada segundo que transcurría era primordial para la suerte de toda la raza humana. Si la nave insignia varvol tenía tiempo, el Sol sería destruido.
El fuego defensivo varvol pasó lentamente a convertirse en ofensivo, mortalmente ofensivo. Las bajas terrestres iban aumentando alarmantemente.
El «Orión» se acercó cuanto pudo, apenas unos quinientos kilómetros, hasta las unidades enemigas. Antes de girar en redondo para alejarse de los destructores rayos de luz, soltó media docena de proyectiles.
Por el telescopio, mientras la nave rugía retirándose del campo de acción de las armas enemigas, Marc tuvo la pequeña alegría de comprobar cómo sus proyectiles destruían dos naves varvols.
El enemigo no era invencible. Si no actuase en su contra el factor tiempo, la victoria sería de la Armada Terrestre. Sólo les quedaba la esperanza de asustar a los varvols para obligados a huir.
Marc miró su cronómetro con marcado desaliento.
Apenas faltaban pocos minutos para que los varvols pudieran tener en condiciones su arma mortal.
Miró a su izquierda. Halló la mirada desvaída de Carreira. El también comprendía que todo estaba perdido, que la batalla, sin haber acabado, había sido ganada por el enemigo. Ningún proyectil terrestre podría alcanzar la nave insignia varvol, ninguna nave de la Tierra podría acercarse lo suficiente a ella para apuntar adecuadamente. Los mortíferos haces de luz aniquilaban a toda unidad de la Tierra que osaba aproximarse demasiado.
—Atención a todas las unidades supervivientes. Marc, Carreira y todos los demás miraron hacia el lugar de donde había salido la voz temblorosa del Almirante Toho. Contuvieron la respiración, expectantes.
—Seguramente ésta será la última vez que voy a hablarles. Voy a pedirles el mayor sacrificio. Comprendan simplemente que está por medio la suerte de nuestros planetas, de nuestro Sol. Con seguridad habéis comprendido que el ataque por sorpresa ha fracasado. Sólo nos queda morir. Escuchad mi plan. Es bien simple. Atacaremos de frente, en masa, a toda la velocidad que nos permitan nuestros motores. Seguramente el enemigo nos despedazará, pero tal vez consigamos obtener algo positivo. Concentraremos todo nuestro

poder ofensivo en el centro de su flota. Debemos destruir la nave insignia.
—Maniobren de acuerdo con las instrucciones que les irá transmitiendo mi lugarteniente. Las naves que no puedan seguimos están libres para hacer lo que puedan. ¡Atención!
La voz de otra persona ocupó la del Almirante y Carreira se aprestó a ir determinando en el tablero de mando del crucero los datos suministrados. Marc pidió a la sala de proyectiles un informe de las reservas.
Le comunicaron que disponían de ocho proyectiles.
Marc asintió. Serían suficientes para realizar un último ataque.
—Todo listo, comandante —dijo Carreira.
—Adelante.
Por la pantalla y el telescopio, Marc vio a las naves que quedaban —unas seiscientas— maniobrar a toda prisa para formar un bloque compacto. Ofrecerían más blanco al enemigo, pero al mismo tiempo el fuego de los proyectiles sería más denso, más mortífero.
Marc pensó que estaban jugando la última y definitiva baza.
Las naves de la Armada Terrestre se lanzaron al mismo tiempo contra el enemigo, a la vez que soltaban cientos de proyectiles. Se dirigían a ciegas contra los varvols, dispuestas a disparar sus últimas posibilidades de destrucción, decididas a morir en el holocausto atómico definitivo.
Marc se pegó al telescopio. Ante él, la nube de proyectiles se acercaba a los navíos enemigos que empezaron a disparar y a destruir unidades terrestres. Apenas llegarían, decidió Marc, los suficientes proyectiles como para lograr la ansiada victoria. Pero tal vez lograsen una suficiente aproximación para poder poner en acción con más efectividad el resto de sus proyectiles.
Entonces se disparó la segunda y definitiva andanada de aquel desesperado ataque. Ahora los navíos terrestres estaban sin municiones, desamparados. Sólo les quedaba la posibilidad de lanzarse contra los varvols en un intento supremo suicida.
Pero entonces ocurrió lo sorprendente. La nave insignia enemiga recibió un haz de luz, brillantísimo, procedente de algún lugar ignoto del espacio. La masa de metal negro, de forma arácnida, estalló en medio de una llamarada extraña, multicolor y convulsa.
Perplejo, Marc no daba crédito a sus ojos.
Habían alcanzado el objetivo previsto. Habían destruido la unidad enemiga que iba a convertir el sistema planetario en algo muerto, que flotaría en el espacio por milenios sin sostener vida en él.
Pero no habían sido los proyectiles terrestres los que habían alcanzado la nave capitana varvol. Entonces..., ¿quién había sido?
Las dos últimas andanadas de proyectiles aún seguían llegando hasta

las restantes unidades acompañantes de la desaparecida nave principal de la flota enemiga. Eran muy pocos en realidad. La mayor parte de ellos habían sido destruidos por los rayos de energía varvols. Marc seguía preguntándose qué había sucedido.
La respuesta llegó pronto. En el telescopio de Marc apareció pequeñísima, en un ángulo, la nave dorada y esférica de Grahlladah. Si no se trataba de la misma en la que viajaba María, era su hermana gemela.
Marc sintió un vuelco en su corazón.
Los supervivientes navíos terrestres retrocedieron. Ya no merecía la pena dejarse matar por el enemigo, una vez destruida la nave portadora de la terrorífica arma.
Los varvols, al final, habían perdido la batalla y la guerra.
Además, la nave dorada de Grhalladah estaba dando buena cuenta de los restantes aparatos varvols. Pasó rasante cerca de ellos, enviando rayos destructores que los convertían en pequeños soles.
Algunas docenas de tenebrosas naves varvols tuvieron ocasión de desaparecer por el hiperespacio. Los varvols habían comprendido la inutilidad de su presencia en el Sistema Sol.
Huían.
Marc se dejó caer en su asiento. Se volvió para mirar a Carreira. Sonrió ampliamente, pero sin decir nada.
No era preciso. Ambos comprendían.

10

Después de la alegría de la victoria llegó el momento triste del recuento de bajas.
La Armada Terrestre había perdido cerca del cincuenta por ciento de sus efectivos. Unas doscientas naves estaban seriamente averiadas. No podrían regresar a la Tierra. Los supervivientes tuvieron que ser transbordados a otras unidades.
El Almirante Toho felicitó a los comandantes y requirió la presencia de Marc Alevin en su crucero.
Marc acudió, dejando en manos de Carreira el repaso de los daños sufridos. Sólo una vez un disparo del enemigo les tocó de forma parcial y las averías eran fácilmente reparables.
El Almirante recibió a Marc en su reducida cabina.
Estaba el oriental sucio, desaliñado, lo que era una cosa extraordinaria en él, siempre tan pulcro y cuidadoso de su presencia. Los depósitos de aire habían sido tocados y a punto estuvieron de tener que abandonar la nave insignia de la Flota Terrestre, de haber durado la batalla unos minutos más.
—Siéntese, comandante —dijo Toho.

Marc, una vez librado de su traje espacial, se derrumbó de manera poco protocolaria en la silla que el Almirante le señalara.
—Ha sido una dura lucha, Marc —dijo Toho.
—Sí, señor.
—Muchas bajas. Demasiadas. Cerca de cincuenta mil muertos. Y todo ha sucedido en poco más de veinte minutos.
—Es la primera vez que luchamos en el espacio. Nuestros antiguos conceptos de la lucha han quedado anticuados.
—Es cierto —asintió Toho—. Pero vencimos al fin... con la decisiva ayuda de los grhalladahnos. Llegaron en el momento preciso.
—Sí, es cierto —dijo Marc.
Miró al Almirante, preguntándose para qué le había requerido.
—Después de conocer a través de su versión, comandante, cómo piensan esos hombres de la Liga, me sorprendió que intervinieran en la lucha. Les suponía camino de sus mundos. O tal vez ya en ellos.
—Yo también creí eso, señor. ¿Puedo saber si...?
—¿Qué, comandante?
—¿Qué hay de la nave de Grhalladah?
—Sacaron una especie de chalupa de su nave y uno de sus miembros llegó para entrevistarse conmigo.
—¿Le dijeron por qué decidieron intervenir?
—Sí, algo han dicho. Creo que ha sido usted el causante de su cambio de opinión, Marc.
—¿Yo?
El Almirante sonrió.
—El enviado grhalladahno me contó todo lo que verdaderamente ocurrió en la nave de ellos desde que le rescataron en Plutón. Deberíamos formarle un consejo de guerra por ocultar la verdad. Y también a sus cinco tripulantes, por supuesto.
Marc pensó en Mahdral. Aquel estúpido seguramente había sido quien se fue de la lengua... Su estúpido cerebro no decidió que lo mejor hubiera sido callar parte de los hechos.
—Pero no haré nada, por supuesto, contra usted, comandante —siguió diciendo Toho—. En cambio, sus hombres...
—Yo me hago responsable de ellos, señor. No deseo presentar cargo alguno. Además, si no me hubieran dejado abandonado en Plutón, los grhalladahnos nunca me habrían encontrado y la Tierra no hubiese sabido de los varvols y no se habría preparado para la defensa. Tampoco yo, y mi actuación, según afirma usted, no hubiera obrado como lo hice para convencer posteriormente a los hombres de la Liga para que intervinieran en la batalla.
El Almirante se rascó la barbilla.
—Puede ser que no le falte razón. Sí, es posible que a causa de una mala acción cometida por sus hombres se hayan producido una serie

de situaciones que al final han sido beneficiosas para todos.
—Esté seguro de ello, señor. Además, el promotor del motín, Mortimer, fue muerto por el varvol. También su acción promovió que yo interviniera, a riesgo de mi vida, para salvarlo a él y a los demás. Por desgracia, no llegué a tiempo.
—Sí, ha sido precisamente el hecho de que usted hubiera arriesgado su vida para salvar a unos hombres que no dudaron en sentenciarlo a muerte lo que causó un cierto impacto entre los grhalladhanos, lo que conmovió los cimientos más profundos de sus viejas convicciones. Por eso regresaron para ayudamos. Sí, estoy de acuerdo con usted en dejar zanjado el asunto del motín.
Marc sonrió satisfecho.
—Gracias, Almirante —dijo.
—Ahora creo que debe pasar a la cabina contigua. El enviado grhalladahno desea hablar con usted. Al parecer, sus relaciones con estos seres son muy firmes y sólo a usted desea exponer los términos iniciales decididos por el Supremo para un posible acercamiento nuestro a la Liga.
Repentinamente, Marc se sintió furioso. Si se trataba de Mahdral no pasaría ciertamente un rato agradable. El Consejero era un tipo que desde el primer momento le había resultado desagradable. Estuvo tentado de declinar aquel cometido al Almirante, pero pensó que iba a serle muy complicado explicarle las circunstancias por las que sentía cierta aversión hacia Mahdral.
El no comprendería que le ardía la sangre al pensar que Mahdral estaba destinado a desposarse con María, siguiendo las normas de la civilización grhalladahna respecto a sus peculiares costumbres sexuales.
Se levantó y después de saludar al Almirante, salió al pasillo. Delante de la puerta siguiente, cerrada, dudó unos instantes antes de abrirla. Movió el picaporte y de un empujón la abrió. La persona que estaba dentro de la habitación se volvió al escuchar ruido y Marc quedóse bajo el marco con la boca abierta. La persona que se le echó encima, a los brazos, se la tapó con un beso.
—María... —musitó Marc.
—Querido, querido... Temí que murieras en el combate. No llegamos tan pronto como hubiéramos querido, una vez que terminé de convencer al Consejo que así debíamos obrar.
—Tú lo lograste —dijo Marc, mirándola extasiado a los ojos.
—Fuiste tú en realidad. El Supremo se quedó muy impresionado cuando arriesgaste la vida para salvar a tus hombres del varvol. Entonces, cuando apenas estábamos a medio camino de Grhalladah, el Supremo comprendió que en ciertos momentos merece la pena no hacer caso a la lógica, sino al corazón.

—No pudisteis volver más a tiempo. Los varvols debían estar a punto de destruir nuestro Sol.
—No pensemos más en ello. Ahora el peligro ha pasado. Incluso hemos evitado que los varvols se acercasen a nuestros mundos.
Un pensamiento ensombreció el rostro de Marc.
—Pero, ahora, ¿qué harás tú?
—El Supremo no puede decidir el establecimiento de contactos firmes con vosotros. Eso lo ha de ordenar la Gran Corte de la Liga. Pero sí puede dejar a un grhalladahno para que vaya preparando un informe de vosotros. Si éste es favorable, lo más probable es que ingreséis en la Liga. Y ese observador seré yo.
—¿Y tu matrimonio con Mahdral?
—Ha quedado aplazado indefinidamente. Seguramente Mabdral será destinado a otra mujer cuando regrese a Grhalladab.
—¿Se ofendió al enterarse?
Ella rió de buena gana.
—Oh, no. Cuando me vio tan contenta creo que hasta él se alegró. Es un buen sujeto. No debes guardarle rencor.
—No lo haré. Me alegro haberme equivocado respecto a Mahdral. Pero ahora...
—Ahora, ¿qué?
—Debo preocuparme de que tú tengas una buena opinión de los terrestres.
Se besaron y ella dijo entrecortadamente:
—Estoy segura que con tu ayuda no podré dar un mal informe de vosotros, de vuestras costumbres.

FIN